BOLETIN INTERNACIONAL DE LA ESTRELLA

Núms. 1 y 2 — 1929 — SEPTIEMBRE-OCTUBRE

SUMARIO

EDITORES INTERNACIONALES:
LADY EMILY LUTYENS y D. RAJAGOPAL, M. A., LL. B. (Cantab.)
EDITOR PARA ESPAÑA: FRANCISCO ROVIRA

DIRIGIR LAS SUSCRIPCIONES AL EDITOR: APARTADO 867, MADRID, ESPAÑA

PRECIO: PARA ESPAÑA Y AMÉRICA, OCHO PESETAS AL AÑO (DOCE NÚMEROS); PARA OTROS PAÍSES, DIEZ PESETAS. NO SE ENVÍAN RECIBOS A MENOS QUE SE NOS REMITA EL IMPORTE DEL FRANQUEO. PRECIO DE UN NÚMERO SUELTO, SETENTA Y CINCO CÉNTIMOS DE PESETA. LOS EJEMPLARES SE ENVÍAN A RIESGO DEL SUSCRIPTOR.

PUBLICADO POR LA AGENCIA PARA ESPAÑA DE
THE STAR PUBLISHING TRUST

PROGRAMA EDITORIAL

Dar informaciones auténticas de los discursos y conversaciones de Krishnamurti.

Exponer las opiniones de Krishnamurti sobre la vida y, a la luz de estas oponiones, examinar los diversos aspectos del pensamiento contemporáneo.

Hacer la crónica de las actividades de Krishnamurti.

Los editores no asumen responsabilidad alguna por cualquiera de las opiniones expuestas en los artículos firmados por sus autores.

Además, Krishnamurti desea quede aclarado que él no puede ser hecho responsable por los artículos que copien sus escritos o dichos si no van firmados por él. En las referencias de lo que él diga, se hará todo lo posible para que resulten una exposición precisa de sus ideas.

Haz de tu deseo el deseo del mundo,
De tu amor el amor del mundo.
Que cuando pienses ocupe el mundo tu mente,
Que en tus actos contemple el mundo tu eternidad.

Tú puedes tomar todas las aguas de un manantial
Pero tú no podrás apagar la sed de tus deseos.
Tu corazón puede mantener la flor de su amor
Pero a la llegada de la muerte fenecerá la flor.
Tus pensamientos pueden elevarse a altísimos propósitos
Pero en angustiosos conflictos serán hechos esclavos.

Como una flecha lanzada por un brazo fuerte
Deja que tu corazón penetre profundamente en lo eterno.
Como el torrente de la montaña, puro y veloz,
Así deja que tu mente ansiosa corra hacia la libertad.

Es mi voz la voz de la comprensión
despertada en el amor profundo,
Nacida del infinito dolor.

— J. KRISHNAMURTI

DISOLUCION DE LA ORDEN

La disolución de la Orden de la Estrella, señala un nuevo comienzo. Es ello el lógico resultado de la enseñanza de Krishnamurti y corresponde a la dirección de su pensamiento. El problema general se ha convertido en el problema individual y debe ser resuelto por cada uno de los individuos.

La organización, como tal, ha dejado de existir y en su lugar, para fines prácticos, se ha creado un mecanismo que será suficiente para las necesidades de esos intereses pero sin pretensiones de poseer un significado espiritual.

Si la Orden de la Estrella de Oriente, fundada en 1911, expresaba la intuición y la esperanza de algunos; si la Orden de la Estrella expresaba en 1927 la realización de la esperanza de algunos; la disolución de la Orden como un cuerpo independiente significa la destrucción de las barreras y privilegios levantadas entre los pocos y los muchos.

Estas barreras nunca fueron un obstáculo que impidiera al mundo de fuera el reconocer la grandeza de Krishnamurti e interesarse por él; pero estimulaban la cristalización—hasta la fosilización—y ciertamente habrían conducido con el tiempo a la formación de un nuevo culto. Seguramente se oponía esto a lo que Krishnamurti se proponía. Siempre ha luchado él contra la cristalización—especialmente contra la cristalización del pensamiento que, según él, informa a todas las religiones—y ha luchado contra la autoridad. La importancia de esta actitud contra la autoridad está demostrada por el hecho de que mientras unos pocos reconocieron en Krishnamurti, aun en su adolescencia, el potencial Instructor; en tanto que muchos ven en él ahora este Instructor; aquellos que en un principio más prontamente le aceptaron como el Instructor por la autoridad de otro, son hoy los primeros en dudar de él.

El lado de la forma, la «letra», ha cesado de existir, y únicamente quedan el espíritu y la convicción. Desde ahora en adelante, este alentar del espíritu, solamente inspirará una nueva dedicación, una nueva consagración a la eterna investigación de la Verdad. Era muy fácil rendirse ante la ilusión de que un certificado de miembro traía consigo un certificado de comprensión. Era muy fácil contentarse con ser un miembro nominal. Es muy difícil, sin el cobijo de esta fórmula, soportar la prueba de la libertad. Pero en la libertad únicamente podemos probar nuestra resistencia y conocer el alcance de nuestra comprensión.

La Orden fué fundada sobre una creencia, pero esa creencia no ha sido tan vital que haya cambiado totalmente el carácter de aquellos que la sustentaban. Las organizaciones jamás han producido grandes hombres, sino que por el contrario, los grandes hombres han surgido a despecho de las organizaciones. La grandeza de Krishnamurti no ha sido creada por la Orden de la Estrella, sino por su propio e individual esfuerzo, su lucha individual. Y ahora precisa él para su obra a aquellos que son grandes en comprensión y arden en entusiasmo. Todo esto es además el resultado del esfuerzo individual.

Como una organización no hemos producido más que tempestades que sacudieron al mundo, y el peligro era, si continuaba la Orden, que se convirtiera en el refugio de la indiferencia y la impotencia. La tempestad vendrá, pero vendrá por los individuos no por la organización. En resumen, la Orden ha sido disuelta por su Jefe porque su existencia ya no estaba justificada.

EL MECANISMO

El mecanismo antes mencionado tendrá la ventaja de algunas de las facilidades que ya existen. Eerde permanecerá como centro Internacional de nuestras actividades. Este lugar, tan hermoso en sí mismo, y para el cual se ha dado generosamente tanta ayuda, ofrece a las gentes las únicas oportunidades para reunirse en gran número y ponerse en contacto personal con Krishnamurti. El Campamento en Ommen, ya famoso en todo el mundo, puede acomodar tres mil personas y, seguramente, en ninguna otra parte podrá concebirse un marco más bello para que Krishnamurti exponga su enseñanza.

Mientras Krishnamurti guste hablar en las ciudades, en los salones y en cualquier lugar que ofrezca un ambiente propicio, es evidente que un Campamento es el procedimiento más sencillo para reunir una muchedumbre de gentes durante un cierto tiempo.

Ojai, en California, donde también se celebra anualmente un Campamento, será el centro de actividad para América. La India, suple las necesidades de Asia; y Australia concentrará sus actividades en Sydney, donde el Anfiteatro, erigido en un hermoso lugar frente al Sydney Heads, ofrece un sitio ideal para las reuniones. En todos estos sitios tendrán los que se interesen por Krishnamurti, una oportunidad de ponerse en contacto personal con él.

Sigue en importancia como medio la palabra impresa, en los libros, folletos, artículos, etc., que llevarán las ideas de Krishnamurti a un gran público. Este segundo departamento corresponde naturalmente

a la jurisdicción de The Star Publishing Trust cuya oficina principal está en Eerde, Ommen, Holanda. Se reserva el nombre «Star» (Estrella) para fines prácticos y no se emplea con ningún significado oculto místico.

The Star Publishing Trust (Trust Editorial de la Estrella) se encargará, además de sus otras actividades, de la publicación del INTERNATIONAL STAR BULLETIN (Boletín Internacional de la Estrella). Este BOLETIN (se ha conservado el antiguo nombre hasta encontrar otro mejor) asumirá un carácter completamente nuevo y servirá como lazo de unión entre Krishnamurti y todos cuantos se interesen por sus ideales. Ya no será una sencilla relación de los asuntos íntimos de una Sociedad, sino una revista que comprenderá como su principal carácter, informaciones de las conversaciones y actividades de Krishnamurti, así como artículos de interés general y notas bibliográficas de libros y revistas. Este BOLETIN se traducirá a diferentes idiomas por agentes designados, para asegurar su uniformidad en todo el mundo, y será facilitado a todo el que lo desee para que tenga una información auténtica referente a Krishnamurti.

Las diversas revistas *Star* (La Estrella) que ahora había por el mundo cesarán de publicarse desde Enero próximo.

La existencia de los Centros Internacionales y la constitución del Trust Editorial, ha sido posible gracias al generoso apoyo de aquellos que deseaban poner la enseñanza de Krishnamurti al alcance de todos. Esa misma generosidad y gran interés asegura que la labor continuará próspera y creciente.

CONCLUSION

Ha insistido Krishnamurti en que si nosotros queremos alcanzar la paz interna y la armonía y dirigir nuestras miradas hacia la meta de la Liberación, debemos dejar a un lado todas las cosas que no son esenciales. No son necesarias las organizaciones para la adquisición de la Verdad—como repetidamente ha declarado—. La Verdad no puede ser sistematizada, no puede ser organizada y cualquier intento en este sentido queda sometido a tener un fin y a violar la Verdad. La disolución de la Orden pone sencillamente de manifiesto el hecho de que todo individuo es libre para expresar sus particulares convicciones y creencias íntimas a su modo, y donde quiera que esa convicción tenga un fundamento seguro florecerá en una nueva vida.

— *D. Rajagopal*

ORGANIZADOR JEFE, ORDEN DE LA ESTRELLA

NUEVO PLAN DE TRABAJO

La Orden de la Estrella ha sido disuelta por su Jefe, pero empleará un cierto tiempo en ocuparse de las formalidades necesarias que implican esa disolución. Por consiguiente, tanto la Orden de la Estrella de Oriente como la Orden de la Estrella, deben continuar existiendo como corporaciones legales por un período de tiempo, y todas las transacciones con la Orden de la Estrella de Oriente y con la Orden de la Estrella, como corporaciones legalizadas, continuarán y tendrán fuerza durante ese tiempo. Esperamos que todos los Oficiales de la Orden esparcidos por el mundo, ayudarán para su completa disolución.

Existen cinco corporaciones distintas para esparcir las enseñanzas de Krishnamurti por todo el mundo, y organizar Campamentos y otras concentraciones. Estas cinco corporaciones son:

THE STAR PUBLISHING TRUST (Internacional)
(Trust Editorial de la Estrella)

THE EERDE FOUNDATION
(La Fundación de Eerde)

THE OJAI CAMP CORPORATION
(La Corporación del Campamento en Ojai)

THE RISHI VALLEY TRUST
(El Trust del Valle de los Rishis)

THE AMPHITHEATRE TRUST
(El Trust del Anfiteatro)

1. THE STAR PUBLISHING TRUST

The Star Publishing Trust (Internacional) en Eerde, Ommen, Holanda, continuará publicando los escritos de Krishnamurti, en libros, folletos y revistas. Otros departamentos dentro del Trust traficarán con las fotografías y las películas cinematográficas. El empleo de las películas sonoras y la radiodifusión también será organizado.

El BOLETIN INTERNACIONAL DE LA ESTRELLA será de aquí en adelante una publicación del Star Publishing Trust, con un programa nuevo bosquejado en la página 2. La edición inglesa del BOLETIN se distribuirá desde Eerde. También se publicarán ediciones del BOLETIN en otros idiomas por editores nombrados por el Trust en los diferentes países, y será una reproducción exacta de la edición inglesa.

Con la disolución de la Orden de la Estrella ya no se publicarán desde fin de este año las diferentes revistas *Star* (La Estrella) que lo hacían bajo la dirección de la Orden.

2. THE EERDE FOUNDATION

Esta corporación administrará la hacienda de Eerde y ahora se encargará de la gerencia del Castillo. La parte más importante de su obra será la organización del Campamento anual en Ommen. Asociada con esta fundación está el Edith Stichting, que ha creado una escuela para niños en Ommen y que inaugurará otros proyectos progresivos también en Ommen.

3. THE OJAI CAMP CORPORATION

La Corporación del Campamento en Ojai organizará reuniones-campamentos en Ojai. También proveerá las oficinas para uso del Star Publishing Trust en los Estados Unidos de América del Norte.

4. THE RISHI VALLEY TRUST

Este Trust organizará Campamentos y otras asambleas en la India, y proveerá de oficinas a la agencia del Star Publishing Trust. También establecerá instituciones educadoras.

5. THE AMPHITHEATRE TRUST

El Trust del Anfiteatro organizará Campamentos y otras asambleas en Australia. El asumirá la administración de las propiedades que ahora posea legalmente la Orden de la Estrella en aquel país. El proveerá de oficinas en Australia para el Star Publishing Trust.

* * *

El buen deseo y el entusiasmo por Krishnamurti y su obra, que tan ampliamente se ha manifestado por medio de la Orden de la Estrella, seguramente no cesará con la disolución de la Orden, sino que encontrará una más efectiva y concentrada expresión en este nuevo plan.

Esperamos que los fondos necesarios para la labor, como ocurrió hasta ahora, serán provistos por donaciones y legados de aquellos que, debido a su interés y entusiasmo, ofrezcan generosamente su ayuda para el progreso del gran movimiento emprendido por Krishnamurti.

— *D. Rajagopal*

KRISHNAMURTI EN EERDE

En este número del BOLETIN hemos hecho un gran esfuerzo para dar a nuestros lectores una parte de las pláticas de Krishnamurti durante la reunión de verano en el Castillo de Eerde, con objeto de que un gran número de individuos pueda participar lo antes posible de la inspiración de esas pláticas. Continuará la serie en el número de Diciembre. Ha sido materialmente imposible el que Krishnamurti revise estas pláticas. Si lo hubiera hecho, esto hubiera significado un retraso de varios meses, ya que el traducir las notas taquigráficas de unas sencillas pláticas en un acabado artículo requiere un largo proceso. Por lo tanto, se publican las pláticas tales como fueron pronunciadas, con las exclamaciones y observaciones que hacía el orador, y sólo se han revisado ligeramente para asegurar la ilación y la exactitud. El artículo que figura en este número, firmado por Krishnamurti, ha sido revisado por él.

Krishnamurti desea que se entienda claramente que las notas de estas pláticas que aparezcan en otras revistas, no están autorizadas y su autenticidad no puede garantizarse.

LOS EDITORES

Miércoles, 10 de Julio.

Krishnamurti comenzó hoy sus pláticas en Eerde bajo un grupo de árboles en terreno del Campamento.

Siento muy intensamente que ha llegado la época en que cada uno de nosotros tiene que cambiar radicalmente; esto es, tiene que disociarse de todo lo pasado, porque habrá comprendido. No hay suficiente quebrantamiento en cada uno, no hay bastantes grietas en el pasado, y esas grietas vendrán únicamente cuando estéis ansiosos por encontrar algo que os dé una satisfacción duradera, comprensión y consuelo para reemplazar lo que se ha desechado.

Sin este resquebrajamiento absoluto del pasado, nunca crearéis nada, ni en vosotros ni en el mundo externo.

Os habéis reunido aquí para escucharme, para comprender lo que yo diga. El primer requisito, el más esencial para esta comprensión, es que destruyáis todas las barreras creadas por el pasado, todas las supersticiones, todas las ideas preconcebidas, todo lo que se alza en la vía del examen y del pensamiento claros. Es absolutamente necesario que haya quebrantamiento y rebelión. Si entendéis lo que digo, os comprenderéis a vosotros mismos, comprenderéis vuestra naturaleza y vuestro crecimiento hacia esa perfección que es libertad, y, por consiguiente, dominaréis ese crecimiento. Cuando entendáis eso, automáticamente me entenderéis, así como a cualquiera otro. Mas para comprenderos a vosotros mismos, tenéis que desprenderos continuamente de todo lo que os rodea,

de vuestras tradiciones, de lo que creéis que es la verdad, de lo que pensáis que es esencial para llegar a la meta, de lo que se os ha dicho, de lo que habéis leído. Debéis desecharlo todo. Y una vez que seáis absolutamente independientes, física, emocional y mentalmente, podréis comprender la estructura completa de la evolución humana.

Tenéis que ser fuertes, pues de lo contrario, esta nueva aurora, esta frescura de la comprensión se corromperá, se marchitará, se perderá.

Yo no sé por qué la gente teme destruir valores espirituales, valores mentales y morales. Después de todo, en el momento en que destruís algo mental o emocionalmente, construís otra cosa en su lugar. Haced el favor de pensar en esto y veréis lo que quiero decir. Cuando cesáis de estar ligados por las moralidades externas, y no sois ya esclavos de ninguna superstición religiosa, ya sea del pasado o del presente, automáticamente construís algo que es parte integral de vosotros mismos.

Quiero que haya gente que comprenda esto y lo viva física, emocional y mentalmente, sintéticamente, en su totalidad. No importa si son dos mil o sólo dos. No me ocupo en absoluto de los números, ni de qué trabajo deberíamos hacer, ni de si poseemos este terreno o el Castillo o innumerables propiedades en todo el mundo. Todo eso importa poco. Lo que tenemos que hacer, por lo menos lo que yo quiero hacer y voy a hacer, es destruir todas las viejas ideas, los viejos dioses, las viejas supersticiones creadas por los hombres, y que son irreales, falsas. Y por el mismo proceso destructivo, crear en cada individuo una nueva tradición que sostendrá, que creará el auto-gobierno en los hombres, una nueva actitud mental, que, por un proceso continuo del pensamiento, se convierta en una tradición que nunca se aparte de lo eterno. Quiero establecer una nueva clase de pensamiento, un nuevo tipo de vida, que automáticamente se traduzca en acción, en la conducta de vuestro vivir, en el modo como tratáis a los demás.

Para crear este quebrantamiento dentro de vosotros mismos, se requiere necesariamente valor y determinación, y no los tenéis. Sólo vais tan lejos como os es cómodo, y no hasta el último fin. Hay dos clases de inteligencia: una de este mundo, la otra pertenece al mundo de lo real. No voy a hablar de la primera, sino de la segunda, esto es, de aquella que tiene la capacidad de elegir, con educado discernimiento entre lo real y esencial, y lo falso y fútil. Esa es la verdadera inteligencia.

Para rebelaros con inteligencia, debéis de concentraros. No por medio de la meditación o de prácticas semejantes, sino por medio de la sencillez de propósito; no con el estado de mente del raquítico, sino con la concentración del fuerte.

Tenéis miedo de innumerables cosas, de convencionalismos y de lo que puedan decir los demás. Queréis conciliar el momento presente con todo lo que os rodea; queréis conciliar todo lo que se ha dicho en el pasado con el presente; queréis seguir por el mismo camino antiguo, tener vuestros Maestros, vuestros *gurús,* vuestros cultos, vuestros ritos, vuestras ceremonias, y conciliar todo esto con lo que yo digo. Pero no podéis de ninguna forma vivir a la vez con el pasado y con el futuro. Podréis decir: «Soy débil, y por eso necesito este apoyo, necesito alguien que me dé valor». Pero ése no es el verdadero estímulo. Si confiáis en alguien para vuestra felicidad, para vuestro crecimiento, os haréis más débiles, no más fuertes.

No busquéis la salvación en el exterior en forma alguna, o tendréis nuevos convencionalismos en lugar de los antiguos. Lo que debemos crear son hombres que estén seguros de su salvación por sí mismos, que sean fuertes, firmes en su propósito, y que no busquen consuelo externo, autoridad externa ni externo estímulo. Para estar concentrados de esa manera se requiere una reflexión constante. El no saber y el no pensar con claridad es la mayor desdicha que os puede ocurrir. La ignorancia crea la comodidad. Tenéis que pensar continuamente en vuestro verdadero propósito en la vida; no de un modo artificial, comprendedlo bien, sino que debéis estar llenos de equilibrado recogimiento.

Así, pues, ¿qué vais a hacer? No es bueno que vengáis a estas reuniones para escucharme diariamente si no ha nacido en vosotros la verdadera, ardiente y clara comprensión.

* * *

Jueves, 11 de Julio.

Esta plática se dió en el Castillo, por la mañana.

No me ocupo de la invención de nuevas teorías, de nuevas filosofías, de nuevos sistemas o de nuevas combinaciones de estos, sino únicamente de ideas, pensamientos y sentimientos que pueden vivirse, que tienen que vivirse. He encontrado lo que para mí es absoluta certeza, absoluta realidad—no relativa, sino absoluta. Quiero, por tanto, demostrar que aquellas ideas que he encontrado,

pueden ser y tienen que ser vividas por todos. No son para los privilegiados especialmente. La perfección no es un fenómeno, sino una cosa natural. Es el resultado del esfuerzo constante, de la continua vigilancia, del cuidado, del recogimiento. Es el resultado del continuo enfoque de los propios esfuerzos hacia esa realidad que no puede ser afectada por ninguna circunstancia exterior, por ninguna autoridad, por ninguna influencia externa, ni por aflicciones ni placeres.

Si estáis conformes con lo que estoy diciendo, haréis un esfuerzo para desenredaros de todas las condiciones exteriores.

Lo que yo he logrado tiene que alcanzarse por todos. No es un privilegio de unos pocos, es la flor de la humanidad entera, del mundo de los hombres. Como todos en el mundo están cogidos en la rueda del tiempo y del espacio, del sufrimiento, pena, dolor, placer, yo quiero libertarlos de esa rueda, la rueda de lo transitorio, lo no esencial, lo irreal, lo ilusorio, y por esa libertad establecer para ellos una absoluta certidumbre que no pueda ser discutida.

La mayor parte de vosotros me habéis escuchado durante tres años, y aún no podéis mantener vuestra certeza contra nadie: estáis indecisos, no sabéis que lo que digo es lo real. Me citaréis, equivocada o correctamente, pero eso no tiene valor. No podréis manteneros frente a los demás sin estremeceros, hasta que estéis seguros, hasta que sintáis que habéis triunfado, hasta que sepáis que lo que digo es real, porque seáis fuertes. Pero eso es lo que yo quiero que hagáis. No deseo gentes que simplemente estén de acuerdo. Mas si lo estáis, tiene que ser tan por completo que os opongáis a todo lo demás; que seáis una llama que destruya todo lo restante. Tenéis que ser una cosa u otra, no podéis permanecer neutrales. Si os convertís en esa llama, entonces vuestro ser entero, vuestro aspecto, vuestra actitud, vuestros afectos, vuestros pensamientos, las cosas físicas que os rodean, *todo* tiene que ser su expresión. Si no estáis conformes, marcháos, ponéos en contra con la misma violencia con que lo defenderiais. Deseo que entendáis bien esto, porque el camino que estáis siguiendo no conduce a nada. ¿De qué vale vuestra conformidad? ¡De nada! ¿En qué forma habéis cambiado a la gente de fuera, en qué habéis variado vuestras propias circunstancias, vuestras propias vidas? Vuestra conformidad no ha producido cambio alguno; por tanto, no estáis conformes realmente. Sois tan tímidos como la gente vulgar, sois tan débiles y tenéis el mismo miedo a las supersticiones, a las autoridades, a

los convencionalismos. Vuestra conformidad no ha producido hombres fuertes, hombres que sean indiferentes a todo, pero que estén seguros de su propia fuerza.

¿No lo veis? no podéis rendir culto a una imagen, y a la vez hablar de libertad; no podéis adorar un cuadro y hablar de realidad. No podéis ser esclavos, y al mismo tiempo hablar de la emancipación que proviene de tener la seguridad interna del verdadero entendimiento que nace de la búsqueda. No podéis adheriros a sistemas, y a la vez hablar de libertad en la vida entera. Tenéis que ser una cosa u otra; ser calientes o fríos. Si sois calientes, tenéis que quemar todas las cosas externas, destruir todos los hierbajos, las supersticiones, los temores, los dioses, las irrealidades, todo lo fútil de la vida. Si sois fríos, abandonad entonces lo que digo; sed egoístas, estrechos, medrosos. Por favor, no tengáis miedo. Estad seguros de una cosa o de otra. No está bien que continuamente estéis tratando de coger una cosa, y después de tenerla la retorzáis para que convenga con otra. Pero no podréis hacerlo, no podréis conciliar las dos, la vieja y la nueva. Sólo crearéis de ese modo mayores aflicciones, mayores incomprensiones, mayores luchas.

No trato de induciros a una cosa o a otra. A mí no me importa si estáis de acuerdo conmigo o no. Eventualmente voy a buscar unos pocos, uno, dos, media docena es suficiente, tan decididos en este asunto, que sean capaces de luchar con el mundo entero. Por tanto, no importa si estáis conformes conmigo o no; lo estaréis alguna vez. Si no es ahora, será dentro de un millón de años. Porque hablo de lo que es la flor del mundo, la fragancia, el encanto de la humanidad entera.

No deseo hipnotizaros, deseo que veáis con claridad por vosotros mismos. No podéis pertenecer a la luz y a la oscuridad, a la certeza y a la incertidumbre, a lo esencial y a lo fútil.

Si vuestros pensamientos, vuestras emociones, vuestras ideas pertenecen a lo transitorio, entonces nunca encontraréis aquello de que os hablo. A fin de descubrir si es la semilla que producirá la flor de lo eterno, tenéis que atravesar un proceso de eliminación, de desprendimiento completo de todas las cosas que habéis adquirido. Vuestras ideas no tienen su raíz en lo eterno, porque no habéis aún descubierto qué es lo eterno. Una vez que lo hayáis encontrado, vuestro ideal tomará naturalmente el aspecto de aquella inmortalidad, de aquella certidumbre.

Estoy hablando de esa vida que es la de cada uno, que es cambian-

te, y, sin embargo, inmutable; constante, y empero variable; a la cual tienen que ir todos los seres humanos, todas las vidas individuales del mundo. Pues la imperfección crea la individualidad; y la perfección, que es libertad, es la flor de todos los seres humanos. Antes de que podáis alcanzar la perfección, que es vida, que es verdad absoluta, no relativa, no condicionada, tenéis que comprender que no hay camino para ella. No puede haber ningún sendero que a ella conduzca; la verdad no tiene senderos. El océano recibe todos los ríos. Uno de estos puede ir a través de un país; otro puede cruzar una comarca diferente, experimentando diversos climas, nutriendo distintos árboles, razas, tipos de individuos, o corriendo por arenas desiertas: pero todos ellos van al mismo mar. Como el océano, sin caminos, es esta Verdad.

La vida es libre, incondicionada, ilimitable; y para alcanzarla no debéis hollar ningún sendero que sea confinado, limitado. Porque la Verdad es el todo, no la parte. No podéis llegar a ella con la mente y las emociones irregulares, a medio desarrollar, pues la vida es la perfecta armonía, el perfecto equilibrio de la mente y del corazón. Todo hombre, toda mujer, toda cosa en la vida, está buscando tanteando, luchando en la aflicción, en el dolor, en el éxtasis, por esa libertad que no puede alterarse, que es perfección, que es la plenitud de toda vida.

Tenéis que ser libres. No debéis ser de ningún dios, de ninguna religión, de ninguna secta; no debéis inclinaros ante ninguna autoridad, pasada o presente, pues toda autoridad es improductiva.

Si vuestra mente y vuestro corazón están estrangulados por la adoración, por los rezos, por el temor, por la incertidumbre, entonces vuestras ideas no pueden tener su raíz en lo eterno, en esa inmortalidad que es perfección. Desprendeos de todas esas cosas. Y os ruego que entendáis que todo lo que digo es lo que quiero decir; no vayáis después diciendo: «No quiere decir eso exactamente; quiere decirnos que trabajemos por esta iglesia particular, por esta determinada religión o por éstas cosas especiales». Esas son excusas porque no podéis encontrar lo real. Sois esclavos de todas esas cosas, estáis viviendo en su sombra; ¿cómo vais a comprender la luz del sol? Nadie puede conduciros al sol excepto vosotros mismos. Es sumamente infantil hablar de salvación por medio de otro. Nadie puede salvaros. Vosotros mismos tenéis que hacer el tremendo esfuerzo para salir fuera de la sombra. Si permanecéis en la oscuridad, decid: «Me congratulo y gozo en la oscuridad».

Tenéis un perfecto derecho a hacerlo. Pero si queréis gozar de la luz, de su claridad, de su pureza, de su serenidad, tenéis que salir de las sombras.

* * *

Viernes, 12 de Julio.

Esta mañana la plática se dió también en el Castillo.

Ahí fuera hay una gran garza que espera hora tras hora, con su mente simplificada, absolutamente concentrada en un solo punto: pescar un pez. No se mueve una pulgada. De igual modo, para tener verdadero recogimiento necesitáis concentraros, no sólo durante este período de una hora, sino durante el día completo, lo que es mucho más difícil.

No os podréis encontrar a vosotros mismos si disipáis toda vuestra energía en charlar, charlar y murmurar.

Aquello de que voy a hablaros no es nada extraordinario: es la consumación del individuo y de la vida universal. Para comprender esto y para llevar la teoría a la práctica en la acción diaria, tenéis que estar libres de toda influencia externa y objetiva. Hasta ahora habéis tenido ciertos modelos que habéis seguido, mas por la rebelión, por la destrucción de la autoridad, por vuestra propia inclinación, todos esos modelos han quedado deshechos. Ahora, cada uno tiene que establecer un nuevo valor por sí mismo, un nuevo tipo que le servirá de guía.

Con el fin de encontrar los verdaderos valores, los verdaderos tipos, debéis atravesar el proceso de eliminación. No es tan sólo cuestión de hacerlo mental o emocionalmente: tiene que haber un resultado físico de vuestra renuncia, de vuestra actitud de desechar las cosas. Pero recordad que no existe tal renuncia o auto-sacrificio para el hombre que realmente comprende. ¿Cómo podría existir? Estáis tratando de desechar todas aquellas cosas que os han sido impuestas, que habéis adquirido, con objeto de encontrar el corazón de toda vuestra sustancia; y para encontrar eso, debéis, naturalmente, desechar aquellas cosas. Eso no es renuncia, es purificación.

Para tener esa libertad de todo lo externo, a fin de descubrir vuestra verdadera sustancia, debéis libertaros del temor.

Ante todo, del temor de la salvación, porque nadie va a salvaros excepto vosotros mismos. Ni la construcción de iglesias, ni la creación de dioses o de imágenes, ni los rezos, ni la adoración, ni las ceremonias, os darán esa comprensión y esa tranquilidad internas.

Y haced el favor de entender esto: que lo que digo es lo que quiero decir; no digáis después: «No ha querido decir exactamente eso». Me ocupo de producir hombres fuertes en el mundo, hombres incorruptibles, que tengan una clara visión y produzcan y creen una generación de claro entendimiento.

Después tenéis que libertaros de los dioses, antiguos y modernos. ¿Qué estáis procurando conseguir, ser libres o ser criaturas débiles, a las que hay que guiar y ayudar en su camino? Eventualmente un hombre debe crecer fuerte, y estar libre de dioses, pues él mismo, potencialmente, es igual a dios. El es el único dios, y no hay otro. ¿Por qué, pues, adorar a algo externo que no tiene valor alguno? Es curioso que siempre rindáis culto a los dioses, pero nunca al hombre del campo, nunca a vosotros mismos, nunca a los trabajadores. ¿Quién es el dios de vuestra adoración? Alguna lejana deidad; y mientras tanto, ¡ni siquiera sabéis ser amigos de vuestros vecinos!

A continuación tenéis que libertaros de lo que es bueno o malo por tradición. ¿Qué estáis haciendo en la actualidad? Estáis creando, en lugar de los antiguos, nuevos temores, nuevos dioses, nuevas creencias, nuevas tradiciones, nuevos Maestros, nuevos *gurús.* Estoy hablando de algo hacia lo cual tienen que ir todos los Maestros, todos los dioses, toda la humanidad. Y adoráis sólo a los escalones inmediatos, que carecen de valor. Si deseáis cambiar el mundo, si deseáis destruir la sombra que lo atraviesa, y hacerlo saludable, puro y fuerte, vosotros mismos tenéis que ser fuertes y estar libres de todo temor de estas cosas. Esto es lo que quiero que hagáis. Debéis destruir todas las cosas falsas, fútiles, que crean superstición y caos. Y para hacer eso, vosotros mismos tenéis que estar más allá de la garra del miedo.

Después, debéis libertaros del temor al castigo y la seducción de la recompensa. Yo quisiera saber por qué la mayoría de vosotros estáis aquí. ¿Pensáis que váis a ganar una recompensa especial, un cielo especial, por escucharme, o un castigo si no lo hacéis? Estáis recompensados por vuestra propia sustancia; estáis castigados por vuestro propio pensamiento; y nadie más puede estorbaros o deteneros, castigaros o recompensaros. Así, pues, debéis libertaros de este espantajo que existe en el mundo: «Haz lo bueno y serás recompensado; haz lo malo e irás al infierno». Vuestra vida entera está dirigida bajo la idea del castigo y la recompensa. Podéis haber desechado el cielo y el infierno tradicionales del Hinduísmo o la

Cristiandad, pero habéis inventado otros igualmente desastrosos, tan irreales y falsos. Si queréis descubrir vuestra propia pureza, debéis libraros de la idea de recompensa y castigo.

Asímismo debéis libraros del miedo a los convencionalismos, a lo que digan vuestros vecinos, lo cual es bien difícil; mucho más que libraros del miedo a los dioses. Los convencionalismos están hechos para los raquíticos, y los raquíticos son hijos de los convencionalismos. Pero libertarse del temor a los convencionalismos no significa desenfreno. Los convencionalismos se han hecho con el fin de forzar a las personas débiles a seguir el camino recto. Pero si estáis libres del temor a los convencionalismos, eso quiere decir que tenéis que exigiros más a vosotros mismos para la verdadera acción. Os inquieta el pensar en lo que ocurriría si se quitaran las restricciones convencionales al hombre de la calle que quiere cometer un crimen. Esa es una cuestión que surge inmediatamente en las mentes de todos. Pero no os inquietéis por eso. Vosotros le creasteis, creasteis su debilidad, sus deseos, porque vosotros mismos teníais miedo. Por consiguiente, debéis cambiar, debéis libraros del temor a los convencionalismos, a lo que piensen vuestros vecinos o vuestra familia o la sociedad o vuestro *gurú;* de todos esos innumerables e infantiles temores.

Además tenéis que libraros del miedo a perder o a ganar, ya sea en lo económico, o en lo físico, emocional o mental. Sois responsables ante vosotros mismos. Haced el favor de observar que esto es cierto con respecto a todo lo variable; pérdida o ganancia de dinero, poder, amor, todas las innumerables cosas que envuelven pérdida o ganancia. Pensad sobre ello y lo veréis.

También tenéis que libraros del temor de la vida y la muerte. En la Vida no hay vida ni muerte; es todo un continuo proceso que nunca se detiene, que cambia siempre. En la Vida no puede existir en un momento el nacimiento y en otro momento la muerte. Es sólo la expresión física la que cambia. Y todos vosotros estáis persiguiendo la muerte mucho más que la vida; estáis mucho más interesados en lo que ocurre después de la muerte que en lo que sucede en la vida, pues para vosotros hay vida y muerte, es decir, nacimiento y muerte. Así como hay noche y día, obscuridad y luz, en la existencia tenemos nacimiento y muerte. Debéis libraros de ese temor, puesto que deseáis descubrir vuestra propia pureza, fijar vuestro modelo.

No debe existir tampoco el temor a la soledad, ni el anhelo de

compañía. Ninguno de vosotros puede permanecer solo; tenéis miedo, necesitáis alguien en quien apoyaros, necesitáis que se os anime, que se os desanime o que se os diga: «Habéis hecho bien»; necesitáis adulación, alabanzas; vuestra religión es eso: recompensa y castigo, esto es: compañía y soledad. De la misma manera que no podéis producir oro refinado sin fuego, tampoco podéis producir hombres fuertes sin adversidad. Tenéis que llorar y que reir para comprender, y a pesar de eso, en la Vida no hay risa ni llanto. Debéis poder permanecer solos, indiferentes a la compañía o a la soledad, porque no existen. Porque si estáis enamorados de la Vida, ésta no tiene soledad ni compañía: ES.

También debéis libertaros del temor a la incertidumbre. La mayoría de las gentes que han venido a escuchar aquí o al Campamento, están inciertas. Se les había mostrado una pauta, que se ha destruído, y ahora están inciertas. Quieren que sus directores arreglen el asunto y luego se lo expliquen. Pero los directores no van a arreglarlo, porque no hay directores ni hay niños. Vais a arreglarlo por vosotros mismos, vais a aseguraros de que ciertas cosas son buenas, sin sombra ninguna de duda, y cuando os hayáis asegurado de este modo, estaréis libres del temor a la incertidumbre. Por lo tanto, debéis dudar de todo, para que en vuestro éxtasis de duda podáis llegar a estar ciertos. Pero no dudéis cuando os sintáis cansados o cuando seáis desgraciados; cualquiera puede hacer eso. Tenéis que dudar únicamente en vuestros momentos de éxtasis, pues entonces descubriréis si lo que queda es verdadero o falso.

Otra cosa de la que debéis libertaros es de la autoridad; de mi autoridad, o de cualquiera otra. No podéis decir: «Se nos ha dicho en los siglos pasados o en los tiempos modernos». No sois niños para que se os digan las cosas. La autoridad en cuestiones espirituales no puede sostenerse ni un instante. Lo que vale es vuestra experiencia personal, no la autoridad. Se os ha dicho cientos de veces, en todas las religiones del mundo, que solo por medio de vuestro propio entendimiento, rechazando todo, es como encontraréis. Y a pesar de ello seguís a la autoridad, porque es mucho más cómodo. Libertaos del temor de la autoridad, ya que ésta puede cortarse como un árbol y destruirse por completo.

Libertaos también del deseo de consuelo, así físico como emocional y mental. El consuelo crea el deseo de protección, y la protección asume la forma de un dios. Y a ese dios se le mantiene en un tabernáculo, una iglesia o un templo. Ese dios ha nacido del temor.

Así, pues, libertaos del consuelo y el estímulo físicos, emocionales y mentales. Lo que estoy explicando no es una fría filosofía. Hablo de la Vida, que no es fría ni caliente, que no es una filosofía ni un gran sistema.

Asímismo debéis libraros del amor y el odio; esto es, libraros del cuidado de si agradáis o no. Tenéis que ser indiferentes a que se os odie o no. Vuestras acciones deben nacer, no del amor, sino de vuestro deseo intrínseco. Os ruego que penséis sobre esto. Ni al amor ni al odio debe permitírseles torcer vuestro juicio. Si hacéis ciertas cosas o cambiáis en determinada forma por que amáis a alguien, eso no es verdadero amor, ni una verdadera razón para la acción. Esta debe surgir de motivos impersonales. ¿Por qué creéis que yo estoy haciendo todo esto? ¿Porque os agrade a vosotros? Lo hago porque creo que está bien, no por nada más. Lo hago porque estoy enamorado de la Vida, esa Vida que no tiene variación, fin, nacimiento ni muerte; que no está limitada por ninguna jaula de temor. ¡Pero esto no significa que no debáis amaros unos a otros!

Existe además el temor de no expresarse. ¿Cómo vais a expresaros si no sabéis lo que sois? Para descubrir lo que sois, tenéis primero que libertaros de todas estas cosas.

Temor de deseo, temor de ambición, de suspicacia, de envidia, de competencia, y, por último, temor de dolor y de aflicción; de todos estos temores debéis libraros para descubrir lo permanente, lo eterno. Imaginad que sois libres y que traducís esa libertad en expresión física. Si vais a alterar el mundo, no podéis pertenecer a una parte.

No es bueno cambiar un poco. Tiene que haber un derrumbamiento completo; ése es el único medio de avanzar.

¿Qué queda después de este proceso de eliminación, de separación, de destrucción de todas esas cosas no esenciales? Os voy a decir lo que queda. Una mente tranquila, un corazón imperturbable, flexible, enérgico, entusiasta. Equilibrados, fuertes, seguros, extáticos, claros y puros, resueltos y determinados son la mente y el corazón de aquel que ha desechado todas estas cosas.

Y cuando hayáis hecho eso, os podréis cubrir con las vestiduras de lo eterno; no antes. No podéis haceros incorruptibles si hay en vuestra mente y en vuestro corazón una partícula de corruptibilidad.

* * *

Sábado, 13 de Julio.

Siendo libre, el hombre, es limitado. Esto es: no teniendo autoridad ninguna externa que le guíe, ningún dominio divino, es libre para hacer exactamente lo que desee. Y en su falta de sabiduría, en su limitación, en su libertad, que es para él una limitación, lucha a través de esa limitación para libertarse, aunque es intrínsecamente libre. Por un proceso de adquisición, de exclusión, porque es libre, va creciendo por la limitación hacia la libertad. ¿No sois todos libres? Hacéis justamente lo que queréis, nadie os guía, nadie os dice lo que está bien y lo que está mal, sois absolutamente libres al escoger vuestras acciones, vuestros sentimientos y pensamientos. Y porque sois libres estáis limitados. Si existiera un ser superhumano que os guiara, que os dominara, aunque ese ser fuera libre, vosotros continuaríais siendo limitados, pero no libres. Sois libres para hacer vuestra elección, pero ésta es limitada; por tanto, vuestros deseos y pensamientos son limitados. Siendo libres, sois limitados; y por esta limitación, por la adquisición, por la renuncia, recogiendo y desechando, crecéis hacia esa libertad que es la misma vida, de la cual sois inconscientemente una parte. Al ser libres recogéis experiencia por medio del deseo. El deseo pide experiencia; ese es su desahogo. Y por medio de la experiencia crecéis hasta esa condición, hasta ese estado en que se está más allá de todo deseo, y, por consiguiente, más allá de toda experiencia, porque habéis pasado por todas ellas, por todos los deseos.

A menos que reconozcáis la sustancia del «yo», su pureza y su fuerza, estáis muertos para él. Para descubrir ese «yo» resplandeciente, para adquirir esa tranquilidad, esa condición imperturbable, esa fuerza y esa certidumbre, debéis pasar el proceso de eliminación. Si el «yo» asume la incorruptibilidad, que es perfección, no puede ni en el más mínimo detalle ser imperfecto, porque la perfección rechaza todo lo imperfecto. Por un proceso de eliminación, de exclusión, de renuncia—o cualesquiera otras palabras que deseéis emplear—debéis llegar a ese estado de la mente y del corazón en que el «yo» está en calma, limpio, puro, determinado, enérgico y lleno de entusiasmo. Y cuando lleguéis a esa condición, entonces podréis comenzar a educar al «yo». Con objeto de ejercitar la mente y el corazón en la luz de lo eterno, debéis desembarazaros de las cosas no esenciales. Como os dije ayer, estas son producidas por el temor, y al desecharlas vais a lo esencial, a lo permanente, que es el «yo». Eso no quiere decir que tenéis que abandonar o rechazar el mundo,

o crear un monasterio, sino que viviendo en el mundo, que es la expresión del «yo», debéis comprender la verdadera sustancia del «yo». Y para descubrir este «yo», debéis despojarlo de todo. Ese es el único medio.

Si entendéis lo que quiero decir, entonces vuestras acciones, vuestros hechos, por haber encontrado el verdadero «yo», no llevarán los frutos del dolor. Y al cesar todas las confusiones llegáis a libertaros de la ilusión.

Si alguna vez vuestra mente o vuestro corazón son susceptibles de turbarse, entonces cesa la verdadera comprension, el verdadero entendimiento de lo eterno. Y con el fin de no turbar al «yo», para tener una mente y un corazón puros, flexibles, tranquilos, fuertes, resueltos, determinados, equilibrados, tenéis que eliminar todas las cosas no esenciales, que perturbarán en cualquier momento su equilibrio. La verdadera comprensión del «yo», que es el «yo» de cada uno, llega por medio del desprendimiento de todo lo fútil. Y lo fútil es el producto del temor, de la limitación, del deseo que ata. Podéis libertaros de todo lo ilusorio y alcanzar ese estado de certidumbre por el proceso de eliminación.

En tanto que el «yo» esté separado de la totalidad, habrá limitación, pena y dolor, vida y muerte, tiempo, espacio e ilusión.

Puesto que lo perfecto rechaza todo lo imperfecto, el «yo» debe asumir la incorruptibilidad para convertirse en parte de esa belleza, en parte del todo, que es libertad. Y así como las abejas esperan la primavera con sus deliciosas flores, así ésta es la hora de que el hombre descubra el «yo». Por lo menos, mientras estéis aquí, debéis concentraros en esta sola cosa, de tal modo que lleguéis a establecer por vosotros mismos la certeza de lo esencial, y rechacéis todo lo fútil, pues ésa es la inteligencia pura, que es la cualidad del verdadero «yo».

Acto seguido tuvo lugar una discusión. Al terminar, dijo Krishnamurti:

Si no sabéis de qué os vais a descargar, no vale la pena de que lo hagáis. Si lo hacéis tan sólo porque yo os lo digo, o por el temor, entonces no os descargáis en manera alguna; lo que hacéis es crear un nuevo temor en lugar del antiguo.

La Verdad—y ya he explicado detenidamente lo que entiendo por tal—es un peligro para todas las sociedades, para todas las creencias organizadas, para todos los sistemas de pensamiento. Si un individuo, vosotros u otro cualquiera, tiene esa Verdad, se convierte auto-

máticamente en un depósito de poder, que barrerá todas las cosas no esenciales a su alrededor. Pero no puede organizarla. Si percibís esa Verdad, y la vivís, y os convertís en parte de ella, entonces llegaréis a ser como la luz del sol que disipa la niebla.

La Verdad de que os hablo es un peligro para todo lo fútil. Pero tenéis que descubrir por vosotros mismos lo que es fútil y lo que no lo es. Yo no puedo decíroslo.

No podéis organizar la Vida ni la Verdad. Si yo quiero ir a Londres, me valdré de una organización para que me dé los billetes. Pero si una organización pretende que podría llevarme al cielo, no la utilizaría, porque sé que el cielo no es un lugar fuera de mí mismo. ¿Comprendéis lo que quiero decir?

Todas las creencias, todas las ideas de salvación o de conducción a un cielo particular, son ensayos para organizar el pensamiento. Pero no podéis sistematizarlo, ni, por tanto, esclavizar la mente.

Importa lo que sois, y no lo que hacéis o cómo convertís al mundo. Eso lo haréis si sois amables y bondadosos, si vuestros semblantes muestran los pensamientos y sentimientos, y si estáis realmente gozosos, pues entonces, todos acudirán a vosotros para ver cómo os arregláis para ser así en este caótico mundo.

Por consiguiente, para volver al punto principal: Es individualmente como tenéis que llegar a ser centros de esa energía dinámica que barre todo lo no esencial; como individuos, no como un cuerpo organizado. Si como individuos sois cual el diamante, en determinada cosa que sabéis que es verdad, entonces cambiaréis el mundo. Pero no lo cambiaréis si no estáis seguros. Para llegar a cercioraros de la verdad de cuanto os digo, ¿qué haríais?

Primero debéis considerar si la estructura de vuestra vida está basada en la autoridad, si vuestros dioses y vuestros temores existen realmente, y luego, por un proceso de eliminación interna, empezar a descubrir los verdaderos valores de la vida. El establecimiento de lo esencial dentro de vosotros es vuestro trabajo más importante y vital.

Cuando yo hablaba ayer del temor de la salvación, quise expresar la adhesión a los cultos, rezos, dioses externos, autoridades, supersticiones, ritos, iglesias, templos, santuarios. Tener miedo de todo eso muestra que todavía os adherís a lo no esencial. Sed realmente sinceros, no hipócritas; entonces os daréis cuenta de todo lo que afectan vuestra vida esas cosas.

Vais a ir a contar al mundo lo que dice Krishnamurti. Pero si

Krishnamurti dice que ciertas cosas no son esenciales, y vosotros hacéis esas cosas complaciéndoos en ellas, la gente os preguntará, naturalmente: «Si Krishnamurti no ha alterado vuestra vida, si no habéis cambiado ni en vuestra mente ni en vuestro corazón, ¿de qué sirve que me habléis a mí? No es que queráis convencer a nadie, ni que yo desee convenceros a vosotros. Pero quiero que comprendáis que desde el momento en que estáis seguros, en verdad, de las cosas esenciales de que hablo, naturalmente os transformaréis. Eso es lo que importa. Debéis estar tan seguros por vosotros mismos de lo que es esencial, lo que dará al «yo» la vestidura de incorruptibilidad, que vosotros, por llevar esa vestidura, seréis un peligro para todo lo corruptible.

Vosotros, como individuos, creáis las cosas no esenciales. Ellas no surgen por sí mismas. Las creáis vosotros por no saber distinguir entre lo esencial y lo fútil. ¿Quién creó todas las mezquitas, templos e iglesias del mundo? Los supersticiosos, los sacerdotes—vosotros y yo. Por nuestra falta de discernimiento entre lo permanente y lo transitorio.

Cuando ceséis de crear expresiones de lo fútil, crearéis naturalmente lo esencial. Y esa creación es de la mayor importancia: no meramente la separación de lo viejo, sino la creación de lo nuevo.

* * *

Miércoles, 17 de Julio.

Este día, por la mañana, volvió a hablar Krishnamurti. Comenzó pidiendo a los que le escuchaban que durante el día discutieran entre sí sus ideas, en grupos, y después le expusieran las cuestiones que surgieran.

No sé lo que pensaréis, ni de qué manera vais a interpretar lo que diga. Después de todo —y os ruego que no creáis que soy un engreído—mi deseo es que comprendáis lo que digo, en la misma forma que yo lo comprendo, no a la manera en que vosotros lo concebís. ¿Cuál va a ser el resultado de mis charlas matinales, en qué forma entenderéis cada uno? Eso es lo importante, y lo que debiéramos discutir.

Yo os hablo de la misma vida en su integridad, y no la vais a comprender en media hora, sentados al azar para descubrir lo que digo. Estáis muy atentos mientras yo hablo, y el resto del día tenéis mil otras cosas en vuestras mentes. De este modo no vais a entender nada. La verdadera comprensión no llega como un relámpago. Es el resultado de la lucha continua, incesante durante todo el día.

La verdadera comprensión se adquiere reajustando, sustituyendo, destruyendo, recogiendo sin cesar.

Por todo lo que he podido ver, sólo tomáis una parte de lo que digo, y la disecáis y discutís. Pero esa pequeña parte no tiene valor separada del conjunto. Y es ese conjunto lo que importa; la completa unidad de la vida íntegra. Y sus diversas luchas, querellas, dolores y aflicciones sólo pueden comprenderse cuando se ha tenido un vislumbre del conjunto.

Como os dije el otro día, la verdadera educación del «yo»—es decir, el individuo separado de la totalidad—estriba en comprender que existen el «yo» eterno y el «yo» progresivo, que está en continua lucha con todo. Un elemento de ese «yo» es eterno, y otro es progresivo. Esto es: el «yo» que requiere ejercicio y educación está progresando siempre hacia el eterno. Y en la unificación, en la unión del eterno y el progresivo, está la libertad y la consecución de la Verdad. El «yo» progresivo no es intelectual ni emocional. La vida no es puramente intelectual ni puramente emocional. Vosotros no sois puramente intelectuales o emocionales, sino una mezcla de ambas cosas.

El individuo que todo el tiempo está combatiendo a la sociedad, combatiendo a los grupos—porque un grupo siempre tiende a sofocar, a ahogar al individuo—ese hombre, su «yo» progresivo, debería tener un modelo fijo, debería tener valores que estuvieran completamente aparte, que no pudieran dominarse, gobernarse ni sofocarse por el grupo, por la masa. No un modelo que fuera sólo individualista, pues como ése varía de tiempo en tiempo, no es de gran importancia. Pero el modelo, el tipo que el «yo» progresivo establece en sí mismo después de pasar por un proceso de eliminación, es eterno. A fin de que podáis descubrir por vosotros mismos, con objeto de que estéis sobre todos los grupos, por encima de todos los deseos individualistas; para que podáis unir el «yo» progresivo con el «yo» eterno, vosotros, como tal «yo» progresivo—el que constantemente está buscando experiencia, el «yo» incitado por los deseos, dominado por temores, limitado por externas circunstancias, gobernado por el amor corruptible, por el odio, la pasión y el afán de encontrar consuelo, que trata de conformarse a la autoridad externa, temeroso de la soledad—debéis vencer todas esas cosas.

No podéis llegar al eterno «yo», ni escapar hacia él—que es el «yo» universal, vuestro y mío y de todos en el mundo, de la huma-

nidad entera, que no es ser ni no-ser, que no es sabiduría ni ignorancia, que no es acción ni inacción—antes de que hayáis comprendido al progresivo «yo». No podéis evadir la lucha de ese «yo» progresivo y llegar de este modo a ese «yo» que no tiene principio ni fin, que es fijo, que está frente a todo lo que varía. En la unificación y la realización de la armonía entre el «yo» progresivo y el eterno, está la verdadera gloria, la verdadera felicidad, la cesación de toda lucha, la destrucción del tiempo y del espacio, del nacimiento y la muerte, de la existencia. Y a pesar de eso, no imaginéis que ésta es una condición negativa: os repito que no es negativa ni positiva. Con el fin de alcanzar, de poseer esa felicidad, esa Verdad, esa libertad que todo «yo» limitado y progresivo está buscando por medio de la experiencia, de la lucha, de la aflicción, del éxtasis, del dolor, tenéis que realizar esa armonía entre lo pasajero y lo perdurable, entre lo progresivo y lo eterno.

He aquí en lo qne consiste la grandeza del hombre: en que nadie puede salvarle excepto él mismo. En el hombre, existe el universo entero en potencia, y su propósito es llevar a cabo esa realización. Para llegar a ese absoluto, el «yo» progresivo, por medio de la experiencia, de la consideración, de la reflexión, de la falta de temor, tiene que rechazar y eliminar aquellas cosas que le impiden unirse. Esto no es una filosofía que sirva meramente para pensar en ella, no es una simple gimnasia mental: es la Vida misma, el todo, que tiene que vivirse, que debe expresarse físicamente en todas vuestras acciones.

ESTE NÚMERO HA SIDO REVISADO POR LA CENSURA

CAMPAMENTO DE LA ESTRELLA EN OMMEN, 1929

CHARLAS DE KRISHNAMURTI

En este número especial del BOLETIN INTERNACIONAL DE LA ESTRELLA publicamos las charlas que dió Krishnamurti a las tres mil personas reunidas este año en el Campamento de Ommen durante la primera semana de Agosto. Estas charlas se publican sin alteración ninguna, pero no han sido revisadas de una manera completa por Krishnamurti mismo. El nos ha rogado anunciemos que el Boletín publicará regularmente informaciones autorizadas y auténticas de sus charlas.

LOS EDITORES

DISCURSO DE APERTURA

VIERNES, 2 DE AGOSTO

Esta mañana quiero hablar de lo que para mí constituye el tema de más importancia. Habéis venido de todos los rincones del mundo, arrostrando dificultades innumerables, muchas pruebas, haciendo muchos sacrificios, con un propósito definido. Habéis venido a descubrir lo que yo pienso y a oir lo que digo. Para comprenderlo, es necesario que estéis libres de ideas preconcebidas. Esto lo he repetido muchas veces, en todas las reuniones, en todos los campamentos; pero, al parecer, apenas ha producido efecto. Este año voy a definir mi lugar con toda claridad, sin posibilidad de compromiso, de tal suerte que, al finalizar el Campamento, sepáis exactamente lo que quiero decir, si habéis de examinarlo sin prejuicios, con un espíritu serio, libre, decidido. Quiero que comprendáis esto de tal manera que, en el proceso mismo de esa comprensión, empecéis a vivir.

Vivir es mucho más importante que estar cargado de las innumerables teorías que todos tenéis. Para definir mi lugar, para que veáis con absoluta claridad lo que digo, no voy a meterme con ninguna de vuestras teorías, con ninguna creencia; solamente con aquello que importa realmente, que es realmente vital, realmente esencial, que es la Vida misma. Para comprender en su totalidad lo que yo diga, debéis primero considerar las diversas razones que os impulsaron a venir. Si analizáis cuidadosamente esas razones, llegaréis al hecho fundamental de que lo que buscáis—individual, no colectivamente—es concebir por vosotros mismos esa Verdad, esa Felicidad, esa Liberación, esa Perfección que es la consumación de la vida del individuo. Mas, para llegar a esa comprensión, debéis considerar

los diversos móviles, la esperanza de una salvación o un estímulo, que os han hecho venir a este y a los anteriores campamentos.

Por medio de una autoridad habéis establecido por vosotros mismos ciertas creencias, a las cuales no llamaré conocimiento, pues no se basan en la investigación individual, en el esfuerzo individual, y habéis discutido conmigo una y otra vez sobre esas creencias autoritarias. Teníais una serie de creencias, un sistema de pensamiento, y habéis venido a saber lo que yo digo y desvirtuarlo adaptándolo a vuestras teorías particulares, a vuestros dogmas, a vuestras creencias. Además, la mayoría de vosotros ardéis en deseos de saber quién es el que habla, si Krishnamurti o algún otro por su mediación. Como ya he dicho en repetidas ocasiones, puesto que ni me conocéis a mí ni conocéis al otro, vuestro juicio, o el de otro cualquiera, carece de valor.

La mayor parte de los que vienen al campamento buscan inciertos; no están seguros de su comprensión, y desean afirmarse bien en sus vacilaciones, confirmar su escasa comprensión. La mayoría de los que habéis venido al campamento poseéis una colección particular de dioses, y queréis sumarme a mí a esa colección. Esto tiene algo de broma, pero resulta ridículamente pueril.

Además, los prejuicios recientemente adquiridos os retienen de tal manera, que esperáis que yo encaje fácilmente en vuestras cosas.

He aquí las razones principales que os han decidido a venir.

Siento tener que hablar con franqueza, pero de nada sirve que se reuna aquí todos los años un gran contingente de personas que sólo desean ver satisfechos sus mezquinos anhelos. Nunca pueden éstos ser satisfechos, porque no son esenciales, porque son vanos e inútiles. Queréis saber qué ceremonia habéis de usar, qué dioses habéis de adorar, qué oraciones habéis de pronunciar, qué creencias habéis de sustentar; yo nada tengo que ver con esto. Ni me voy a ocupar ya de ello. No voy a ocuparme de vuestras creencias, de vuestras afirmaciones autoritarias, que me echáis en cara a cada momento, porque no tienen ningún valor. No son esenciales desde cualquier punto de vista que las miréis; ninguna de ellas os conducirá, a vosotros ni a nadie, a la Verdad absoluta e incondicionada.

Os ruego que no aceptéis nada de lo que digo sin comprenderlo, porque si lo hacéis será otra creencia autoritaria que, en vez de libertaros, os encerrará en una jaula más estrecha y os llevará a una confusión mayor y, por ende, a una aflicción mayor.

Además, muchos miembros de la Estrella de todo el mundo—felizmente, la organización a que pertenecen va a disolverse—se entretienen más bien con la autoridad que está detras del que habla, no con las cosas esenciales de la vida. Si no os agrada lo que digo, se lo echáis encima a Krishnamurti; si os agrada decís que está hablando el Instructor. No busquéis la personalidad que encierra la Verdad, sino la Verdad misma. Contáis con innumerables profetas y mediadores, que os dirán si a través de mí opera un diez o un sesenta por ciento de la conciencia del Instructor, o el Instructor mismo. He aquí una de vuestras cómodas teorías, que pervierte vuestra clara apreciación, que estropea vuestra clara percepción. Tenéis muchas creencias, muchas teorías, muchas incertidumbres que os sostienen en vuestra incertidumbre. El hombre fuerte, el hombre libre, el hombre que ha conquistado, que se esfuerza sinceramente tras la perfección de la vida, no tiene creencias, porque éstas sólo actúan como apoyos y estímulos. Con el temor, con el deseo de salvación, con vuestra dependencia de las cosas externas, habéis creado innumerables dioses, innumerables refugios, templos e iglesias, y buscáis en ellos lo que nunca encontraréis. Deseáis que la salvación venga de fuera, que venga la ayuda de lo externo, y esperábais que yo me amoldase fácilmente y os ayudase en vuestras trivialidades, en vuestras dudas; esperábais poder añadirme a vuestra colección de innumerables dioses. ¡Qué pueril! En lo externo nunca encontraréis esa armonía, que es la Liberación; porque ella mora siempre en vuestro interior.

La mayoría de vosotros estáis encastillados en el prejuicio, en vuestras ideas preconcebidas de la Verdad, del cielo y del infierno; todo lo véis tan claro, dentro de un horizonte tan reducido, que rechazáis la Verdad cuando se muestra. No la recibís con los brazos abiertos, no la ponéis en vuestro corazón, no la ansiáis como ansía aire el que se ahoga.

Lo que yo digo nada tiene que ver con lo no esencial, ni con vuestros cultos, vuestras oraciones, vuestros ritos, vuestras creencias, vuestras innumerables teorías.

¿Sois niños que os entretenéis con juguetes, a los que aplicáis nombres, o buscáis el centro, el corazón mismo de la vida? Esa busca no tiene valor si otro es capaz de desanimaros o animaros con sus palabras. Vuelvo a decir, y os ruego que lo tengáis presente mientras esté hablando, que no debéis aceptar nada mío por autoridad, sino que lo examinéis; más bien, que lo analicéis con inteligencia y serenidad.

Digo que estoy hablando del todo, de lo incondicionado, y si queréis acercaros a esa vida total, a esa realización de la vida, no debéis ocuparos del intérprete, del instrumento, sino de las palabras. Sois débiles, y queréis fortalecer vuestra debilidad. Pero son hombres fuertes lo que hemos de formar, que comprendan el todo y transformen por lo tanto la aflicción, las trivialidades que existen en el mundo en el momento actual. De esta reunión deben salir hombres así, y no impotentes. Los débiles producen a los débiles, los supersticiosos fomentan la superstición, pero los hombres que han comprendido realmente, que se esfuerzan por la única cosa esencial, cambiarán el aspecto de sus semejantes y de sí mismos.

La Verdad es un terreno sin senderos, sin veredas que os lleven a ella. Si ansiáis comprender lo que yo digo—si ansiáis *realmente*—, debéis echar a un lado sin compromiso todas esas cosas. Yo estoy seguro, pero mi seguridad no ha de prejuzgar ni estimular, ni animar a nadie. Vosotros estáis ansiosos, anhelantes de encontrar la Verdad, y debéis examinar con inteligente cuidado lo que yo digo. Estoy hablando de la realización final de toda vida, a la que tiene que llegar todo ser humano. Si vosotros, que os congregáis a miles en este campamento todos los años, ansiáis descubrir la Verdad, debéis tirar vuestros juguetes. Sería preferible que jugáseis de verdad o que, rompiendo los juguetes, entráseis en el mundo donde no hay ilusion, donde está la Verdad, la certidumbre y la perfección, que es la Liberación.

Vosotros diréis que no podéis tirar los juguetes, que sois muy débiles, que vuestra moralidad y vuestra integridad no resistirían la tormenta, que os hacen falta estos apoyos para continuar la lucha. Si reconocéis esto con sinceridad, hacéis muy bien. Vuestro sitio está con los niños, y nadie debe incitaros a abandonarlo.

No creáis que, porque hablo con vehemencia, estoy contrariado, u os estoy arengando y estimulando. Quiero que estéis seguros por vosotros mismos, y no juguéis con cosas de las que nada sabéis. Sería preferible que hubiera en este campamento cinco individuos con verdadera comprensión, que fueran un peligro para todo lo irreal, que millares sin conocimiento, con pretensiones tan sólo. Para conocer, debéis venir completamente desembarazados, desasidos de las cosas pueriles, libres de temor, incondicionados, deseosos de descubrir.

Entregáos de lleno al juego, o dejad de una vez los juguetes.
Perseguid una cosa u otra; sed calientes o fríos.

Caminad por la región de las sombras y las irrealidades, o sed un peligro para toda irrealidad y toda sombra. ¿No veis que no es cuestión de que se reunan muchas personas y se inciten mutuamente a hacer algo, sino que es una cuestión individual? Lo que vosotros hagáis debéis decidirlo vosotros mismos. Hace seis años que os estáis reuniendo aquí, y estáis todavía jugando con cosas que no importan. Cada vez os rodeáis más de irrealidades. No habéis tenido fuerza bastante para romper y terminar con toda transigencia.

Mantengo sin sombra de duda que yo soy el todo, lo incondicionado; no una parte de la Verdad, sino toda ella. Y si vosotros queréis comprender el todo, debéis venir completamente desembarazados. Si queréis averiguar si yo tengo razón o no, si he encontrado lo eterno o simplemente lo transitorio, debéis aportar a esa averiguación un espíritu anhelante y decidido. ¡Cómo vais a estar seguros, si estáis cargados en extremo de esas cosas pueriles que no tienen valor, que no pueden compararse con lo eterno! Hacéis innumerables sacrificios, transigís con la incomodidad y con muchas cosas desagradables físicamente, pero mental y emocionalmente estáis recargados, pesados, llenos de prejuicios, y sois incapaces de descubrir por vosotros mismos si lo que yo digo es verdadero o es falso, real o irreal, esencial o no esencial.

Me permito, pues, indicar que, durante esta semana, mientras sacrificáis vuestras comodidades físicas, cosa muy fácil, pongáis igualmente a un lado vuestros juguetes, y procuréis concebir la libertad, la inmensidad, la incorruptibilidad de la Vida. Una vez que hayáis visto, que hayáis tenido un vislumbre de esa visión, sabréis que esto de que hablo no es destructivo ni constructivo, no es dinámico ni estático, porque ello es la Vida, que es el todo, la raíz de todas las cosas, y para comprender el todo no debéis venir cargados con partes, sino, por contra, libres, ansiosos en vuestro deseo de descubrir.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

LUNES, 5 DE AGOSTO

Antes de contestar estas preguntas, quisiera mencionar una cosa. He oído decir varias veces, no sólo aquí en Ommen, en los campamentos, sino también en Ojai y en la India, que los miembros que me escuchan creen que el verdadero Instructor no puede ser tan áspero como yo, que tiene que ser realmente compasivo, y que, como yo soy tan áspero, tan severo, no puedo ser el verdadero Ins-

tructor. Esto es tan pueril que no quiero discutirlo siquiera, pero lo haré en esta ocasión, para ponerlo en claro. Tenéis la idea de que para ser compasivo hay que ser débil, y atribuís esa debilidad a los grandes Instructores a quienes creéis conocer. He oído decir lo propio a algunos de vuestros guías también, y quiero ponerlo en claro. Como dije el otro día, si acudís a un cirujano porque os aqueja una enfermedad, deberéis soportar el dólor de la operación. Lo mismo ocurre conmigo. No es cuestión de sequedad ni aspereza; necesitáis una sacudida, y, como ello no os agrada, atribuís vuestras ideas de compasión y amor, que son esencialmente débiles, a alguien que no es débil, y decís que ese Instructor no puede ser severo, fuerte ni enfático. No es cuestión de compasión ni de falta de compasión, sino una cuestión de la Verdad, y debéis afrontarla sin tener en cuenta vuestros mezquinos temores. He repetido muchas veces que debéis acercaros a la Verdad desembarazados, no con vuestros insignificantes prejuicios, con vuestras ideas preconcebidas. Si queréis ser hombres fuertes, no atribuyáis a la Verdad vuestras débiles cualidades de amor corruptible, de pensamiento pobre. No os dejéis persuadir por nadie—aunque me temo que os ocurrirá—de que la Verdad tiene las cualidades que los hombres desarrollan momentáneamente en su camino hacia el éxito. Esto sentado, procederé ahora a contestar a las preguntas que me habéis presentado.

1. Cuando habláis de la inutilidad de las religiones, ceremonias, ritos, ¿os referís solamente a los establecidos de antiguo, o incluís en ellos a la Iglesia Católica Liberal, la Masonería y demás ritos esotéricos, que no son del conocimiento público, y persiguen un fin espiritual? Algunos creen que, aunque las viejas formas estén ya gastadas, estas otras están vivas aún. Pero, si la Vida y la Verdad son una, ¿puede ésta contenerse en una forma?

RESPUESTA: Ya he dicho, y no insistiré sobre ello, que no podéis acercaros a la Verdad por ningún sendero, ni por religión ninguna, por ningún rito, por ninguna ceremonia, nueva o vieja. Incluyo—y no quiero que admitáis esto, sino que lo averigüeis—toda forma de ceremonia religiosa que pretende ayudar al hombre, pues sostengo que no pueden ayudarle. He aquí mi punto de vista. Si son nuevas o son viejas, poco importa. Si os faltan las nuevas, volveréis a las viejas. Muchos de vosotros habéis abandonado las formas antiguas y habéis adoptado otras modernas, con la esperanza de encontrar la Verdad, y no la habéis encontrado. No es cuestión de decir: «oh, la encontraremos al fin de la eternidad.» Claro que la encontraréis. Pero *yo* digo que para encontrar la Verdad *ahora,* debéis libertaros

de todas esas cosas. No digáis después que no hago más que sustituir palabras. Para ayudar de una manera fundamental no podéis contar con lo externo, sino que debéis contribuir a purificar el esfuerzo individual y fortalecer la incorruptibilidad del yo. He ahí lo que importa, y no vuestras formas, vuestras iglesias y vuestros ritos. He contestado estas preguntas no sé cuántas veces, y me figuro que continuaré contestándolas hasta el fin de mis días, porque necesitáis todas esas formas, porque no podéis sosteneros por vosotros mismos, libres, seguros, ciertos de lo que buscáis. Si no os gusta una forma, inventaréis otra, porque ellas son hechura de los hombres. Estas formas espirituales no son producto de la Vida, ni encierran la Verdad. Hablo enfáticamente, y esto sólo es mi opinión. Mantengo que yo he encontrado lo que todos los hombres buscan, y digo que, si vosotros deseáis encontrar igualmente, debéis ser fuertes, libres, y poner a un lado todas esas cosas pueriles. En lo externo no podéis encontrar ayuda duradera, verdadera, incondicional, ni es autoexpresión la indulgencia con todas esas cosas. Ya sé que me diréis: «pero ellas son bellas, son esto o aquello.» Amigos míos: ¿por qué no rendís culto a una nube? ¿Por qué no dirigís vuestras plegarias al hombre que trabaja los campos u os deleitáis con las sombras que oscurecen las tranquilas aguas? Inventáis una cosa y la llamáis bella, artística. Mientras vosotros rendís culto en un santuario cerrado, la Vida se mueve en la calle y se os escapa. Queréis encontrar la Verdad en el santuario, en los tabernáculos hechos por el hombre, pero no queréis rendir culto a la Vida misma, que está en todas partes, en el corazón, en el esfuerzo de todos los que nos rodean.

«Algunos creen que aunque las viejas formas estén ya gastadas, éstas otras están vivas aún.» Si os place creer eso, podéis hacerlo. Hay algo más grande que estas creaciones objetivas del hombre, y no llegaréis a lo más grande por su mediación. Queréis usarlas como apoyos, como juguetes que entretienen a los niños, para que os ayuden a adquirir fuerza. Si usáis juguetes constantemente, ¿cómo vais a adquirir fuerza? Si no probáis vuestra fuerza tirando los andadores, ¿cómo vais a conocer vuestra integridad, vuestra vitalidad? Repito que no me aceptéis como autoridad. Yo he hecho todas esas cosas, y por eso sé. La Verdad no está en ninguno de esos senderos. Es muy lejos de esas cosas—que son sombras, irrealidades—donde encontraréis al creador de todas las sombras, la raíz de todas las cosas y la creación misma.

Ocupáos, pues, de la Vida, que es el yo de todo sér humano; forta-

leced, purificad y haced incorruptible ese yo, y las formas que ese yo cree serán perfectas. Tomáis las sombras por realidades, y rendís culto a las sombras olvidando las realidades. Si habéis de establecer realmente y ansiáis encontrar dentro de vosotros la felicidad, debéis dejar vuestros juegos. Esto no lo digo en un sentido duro, brutal. Si suspiráis por la verdad, debéis salir de las sombras, dejar vuestros juguetes y disfrutar de eso que lo crea todo, que es vosotros mismos.

2. Según vuestra norma, ¿cuál sería el verdadero sentido de los «derechos» y «deberes»? ¿O es que deben abandonarse estas ideas como producto de un aspecto mecánico y comercial de la vida?

RESPUESTA: Mi norma no es aplicable a vuestra norma, porque vosotros estáis jugando todavía con cosas no esenciales, y desfiguraréis lo que yo diga para adaptarlo a vuestra conveniencia. Pero trataré de explicarme. En tanto que las limitaciones creen una barrera, habrá aflicción. Por lo tanto, todo derecho o deber — empleo estas palabras con gran precaución, desde mi punto de vista, aunque sé que las interpretaréis mal — que cree una barrera, creará aflicción; por consiguiente, yo no tendré deberes ni derechos que creen limitación. Ahora bien: vosotros no podéis eludir responsabilidades ya contraídas. ¿Por qué no? Os lo diré. Porque vuestros amigos, vuestros hijos, pueden sufrir hambre. Pero es vuestro deber no adquirir nuevas responsabilidades, si os es posible. Esto desde mi punto de vista. Me hacéis estas preguntas con una noción enteramente falsa, porque los deberes, los derechos y todas esas cosas, enfocadas desde lo perdurable, no son más que medios para un fin. Pero debéis percataros de que son medios, y seguir adelante, sin que os sujeten esos deberes y esos derechos.

Si tratáis continuamente de encontrar la Verdad, y adoptáis eso como norma, juzgad por ello todo lo demás. No juzguéis por las viejas normas, ni según las normas impuestas por los deberes y los derechos, sino según las normas que vosotros establezcáis con vuestra busca, con un cuidadoso discernimiento entre lo esencial y lo no esencial, pues la inteligencia es esto. La habilidad para elegir lo esencial es la forma más elevada de inteligencia, porque lo esencial es lo que hará al hombre eternamente libre. Si tenéis esto como vuestra norma perdurable, por ella podéis apreciar todo lo que surja.

3. Los grandes Instructores del pasado han dado reglas de conducta, sistemas de ética. ¿Hay una norma eterna de ética, y es lo mismo la conducta recta que la verdadera creación? ¿Es una expresión de la Verdad, como el arte es una expresión de la belleza?

RESPUESTA: «Los grandes Instructores del pasado han dado reglas de conducta, sistemas de ética.....» Lo dudo. Generalmente son sus discípulos los que establecen los sistemas, los que sientan las reglas de conducta. Esta es mi opinión. Probablemente podréis discutir esto con la historia, y refutarlo, pero no me convenceréis, porque los grandes Instructores no establecen reglas; ellos quieren hacer libres a los hombres, y vosotros no podréis ser libres por medio de sistemas de ética ni leyes de conducta. Es puramente un asunto individual.

«¿Hay una norma eterna de ética, y es lo mismo la conducta recta que la verdadera creación?» Para el hombre que ha llegado, existe una norma eterna, y, sin embargo, no existe para él norma alguna de ética, porque es libre. Supongo que me comprendéis. Es difícil explicar esto. Una norma eterna en materia de ética no puede existir, *en último caso.* Estas normas las inventan los hombres para gobierno de sus semejantes, nunca para sí mismos. No podéis decir que hay una norma eterna de ética, porque una norma es una medida por la que se juzga, por la que se compara. Cuando habéis alcanzado esa libertad que es la Verdad, lo sois todo, todo lo concebible está en vosotros, porque la Liberación es la Vida, es la raíz de todo. Para un hombre así no hay normas. Os ruego que no me entendáis mal. No quiero decir que podéis hacer lo que se os antoje. Eso no. El hombre que se esfuerza en dirección de lo eterno necesita una norma, y esa norma es la comprensión de lo eterno; pero nadie puede establecer una ley para él.

«¿Y es lo mismo la conducta recta que la verdadera creación?» En cierto modo, sí, y en cierto modo, no. La verdadera creación es el momento de equilibrio a que llegáis mediante la armonía entre la razón y el amor. Mantengo que esa armonía es la verdadera creación. Debéis llegar a esa creación, que es equilibrio, por medio de la conducta recta, que es autodisciplina, impuesta por vosotros mismos a la luz de lo eterno; no una disciplina impuesta por otro, por el temor a otro; ni por la esperanza de la salvación, sino impuesta por la comprensión de la realización de la vida.

Lo explicaré por medio de un símil, y veréis lo que quiero decir. Cuando un águila está posada sobre una rama, dispuesta a volar, pletórica de fuerza, ansiosa, ágil, incondicionada y extática, ese instante es la verdadera creación. No importa si vuela sobre las montañas o desciende al valle. Pero el águila se ha preparado para llegar a ese momento. Esa preparación es la conducta recta, esa

conducta recta es la autodisciplina que os habéis impuesto, porque comprendéis el verdadero objeto de la vida.

«¿Es la conducta recta una expresión de la Verdad, como el arte es una expresión de la belleza?» Lo es. La verdadera creación es la expresión de la Verdad, porque es la armonía perfecta, que no puede ser perturbada, que es serena, dúctil, fuerte y segura. Ese equilibrio es la Verdad. Esa Vida, alcanzada por medio de la perfección y la incorruptibilidad del yo, es la Verdad. Por lo tanto, es la expresión de la Verdad, como el arte es la expresión de la belleza.

4. Decís que sois el Instructor del Mundo. ¿No será esto otro nombre para designar a un *Gurú?* ¿No os vendría mejor el nombre de «Awakaner»? (1).

RESPUESTA: No es más que un nombre. No quedéis presos en la ilusión de las palabras. Yo digo que no hay ningún *gurú* para el que desea la Verdad; no convirtáis, pues, al Instructor del Mundo en un *gurú*. Si hacéis esto, ello será una jaula en la que quedaréis aprisionados.

«¿No os vendría mejor el nombre de «Awakener»?» Quizás. No tiene importancia. Lo que importa es que vosotros lleguéis, no en el futuro, no un día remoto, sino que os esforcéis inmensamente ahora. Yo no puedo despertaros si vosotros no deseáis que se os despierte; por lo tanto, vosotros mismos sois el que despierta, la vida misma.

5. Si la Verdad es un campo sin senderos, ¿puede haber un sendero de discipulado que conduzca a ella, o sería ese sendero un obstáculo?

RESPUESTA: Os digo que no os preocupéis de estas cosas. Una y otra vez volvéis a las antiguas cosas y me las echáis en cara, con objeto de establecer vuestras propias verdades inciertas. Yo digo que la Verdad no tiene senderos, no tiene acceso por ningún sendero, por ningún camino, ni a través de nadie. No podéis interpretar esto más que en un sentido. Lo encontráis todo tan difícil porque no queréis renunciar a vuestros viejos hábitos mentales. Queréis que los nuevos se transformen en los viejos, y estableceros cómodamente en ellos. «Que no nos perturben», es vuestra súplica. Queréis que os dejen en paz en vuestras aguas sosegadas, estancadas. Si es así, no vengáis aquí; pero, si queréis lo nuevo, dejad lo viejo y venid, no juguéis con las cosas. Esto no tiene nada de egoista. Hablo con energía porque hay miseria, aflicción en todas las caras—no os pongáis tristes—, hay caos, lucha continua, y estáis cogidos en ella, y no la abandonaréis porque estáis temerosos. Qui-

---

(1) El que despierta a otros (término inglés).

siérais mucho más vivir en esa aflicción, en esa atmósfera sofocante, que abandonar lo viejo y esforzaros por lo nuevo. No es extraño que, cuando veo aflicción, dolor, sufrimiento, regocijo, placeres que cuestan lágrimas, quiera libertar a los hombres. Pero, como yo no puedo libertarlos — deben libertarse ellos por sí mismos — , mi misión es despertarles, incitarles a esa libertad, no mediante el sentimiento, ni el éxtasis, ni la autoridad, sino por medio del análisis cuidadoso, de la reflexión, del conocimiento, de la autorecordación. No penséis que para comprenderme tenéis que haber estudiado durante treinta años. El otro día os referí la historia del mendigo de la estación ferroviaria, que no sabía quién era yo ni nada de mí, pero comprendió lo que podía hacerle inmenso, y a consecuencia de ello tuvo el valor de lanzarse camino adelante, dejando atrás lo viejo. En vosotros debe haber un cambio continuo, como el árbol echa hojas nuevas en la primavera, pero no os atrevéis a cambiar. Queréis que os den la Verdad a vuestra manera antigua, para poder ser felices, estar tranquilos y degenerar por lo tanto en el estancamiento. No quiero ser áspero, pero esto es lo que sucede en todo el mundo. Para comprender la Verdad tenéis que zambulliros. ¡Oh, tan ansiosos habéis de estar que, echando todo a un lado, déis el salto—no como los necios, sin discernimiento, sino con cuidado, con reflexión, con la inteligencia que sabe escoger entre lo esencial y lo no esencial—, y entonces comprenderéis!

6. ¿Qué lugar debe darse al ocultismo? No el de un sendero de salvación espiritual, sino el de una ciencia pura, basada en la experiencia y en la investigación comparada.

RESPUESTA: Su lugar normal. Nada más fácil, ¿verdad? No dividáis la Vida en esto y aquello. En la Vida no hay misticismo ni ocultismo. Para el hombre realmente liberado todas esas divisiones importan poco. Os digo que estoy hablando de algo muy diferente de todo esto. Estoy hablando de aquello de que dependen todas las cosas, de lo cual provienen todas las transformaciones, y vosotros queréis jugar con las palabras, con las cosas que están en la sombra.

7. Nos decís, «si tenéis ansiedad, combatid al mundo entero». Pero ¿no nos acarrearía un conflicto con las leyes y gobiernos establecidos, impeliéndonos a tomar parte en revoluciones políticas, y aun a promoverlas, una agitación encaminada a abolir algunas de las terribles crueldades de la vida social?

RESPUESTA: Yo digo, «si tenéis ansiedad, combatid al mundo entero». Quiero decir con eso que combatáis las cosas no esenciales que sirven de apoyo a la debilidad del yo. ¿Está ahora claro? Entonces, no vayáis ya diciendo por ahí que yo soy partidario de las revo-

luciones. Eso es pueril. En cuanto cambiéis el yo, cambiáis el mundo entero. En cuanto hagáis incorruptible a vuestro propio yo, crearéis luz en el mundo. La política, la sociología y todas esas cosas son el resultado de la corruptibilidad del yo. Son debilidad, perversión, causada por la debilidad y la perversión que existe en el yo de cada individuo. Por lo tanto, si puede corregirse, fortalecerse y hacerse incorruptible al individuo, cambiarán vuestras leyes, vuestros códigos, vuestros gobiernos.

DISCURSO MATINAL

MARTES, 6 DE AGOSTO

Esta mañana voy a tratar en general del tema que me interesa, pero en una forma condensada, de manera tal que, si empleáis a fondo vuestra inteligencia, no habrá posibilidad de que lo interpretéis mal. Es muy difícil abrirse paso a través de la ilusión de las palabras. Algunos comprendéis el inglés, otros no; pero, aun los que lo entendéis, interpretaréis las palabras a vuestro modo, y esa es la dificultad. ¡Yo quisiera poder inventar un idioma nuevo! Os ruego que me prestéis una atención inteligente, que analicéis, critiquéis y resolváis después. O es completamente falso lo que digo o es verdad en absoluto. Si es falso, debéis rechazarlo, destruirlo. Si es cierto, adelante, porque la Verdad no puede existir al lado de lo falso. Esta mañana tengo el propósito de explicarme con toda claridad, de modo que podáis decidir si es verdad cuanto digo. Si lo es, deberéis proclamarlo a los cuatro vientos, deberéis vivirlo, como la cosa única que os interesa. Pero si es falso, no tengáis la debilidad de transigir con ello, destruidlo. Debéis defender la Verdad abiertamente o combatirla de la misma manera; nada de transigencias. De otro modo no construiréis. No podéis adorar al sol estando en la sombra; debéis salir de la sombra y deleitaros con el sol, regocijaros con su pureza, para que os purifiquéis, os hagáis perfectos e incorruptibles. No podéis transigir, pues la Verdad no radica en esperanzas muertas.

En la mente de la mayoría de los que me escucháis hay una tendencia a creer que lo que yo digo es puramente destructivo, y por lo tanto, negativo; que todo el tiempo estoy echando abajo cosas; que no soy constructivo porque no sustituyo con nada lo que derribo. Lo que yo digo no es constructivo ni destructivo, porque hablo de la Vida, y en la Vida no existe construcción ni destrucción. Son los

necios quienes dividen la Vida en destructiva y creativa. Cuando digo que hay cosas pueriles, innecesarias, necias, no esenciales, falsas, es porque quiero hacer clara la cosa esencial, hacerla positiva, saliente, distinta. Sólo de vosotros depende, y por lo tanto, de cada individuo, la destrucción y la reconstrucción. En el proceso mismo de derribar, construís. He ahí lo que no concebís. Tan pronto como habéis dejado todo lo pueril, los apoyos, lo no esencial, lo fútil, lo trivial, empieza a crecer dentro de vosotros esa firme certeza que está sobre todo lo transitorio, que es constante, que es la medida verdadera de vuestra comprensión. No se trata, pues, de destrucción, sino más bien del deseo de descubrir por vosotros mismos el verdadero valor, el verdadero significado, el verdadero objeto de la vida. Y para eso tenéis que poner a un lado todo lo que carezca de valor, pues si no vuestra mente se pervierte, vuestro criterio se desnaturaliza.

De igual modo que el río se dirige al mar, y recorre tierras diversas, impelido por su crecido caudal, así debe entrar cada individuo, por su propia experiencia, por su propio esfuerzo, por sus sufrimientos, éxtasis y regocijos, en el mar libre, ilimitado, inmenso, que es la Eternidad. El mar no puede entrar en el río; éste es muy pequeño, muy limitado. Debe, pues, entrar el río en el mar. Así he llegado yo. He pasado por vuestros cultos, temores, ansiedades, ambiciones; me han retenido vuestras esperanzas, vuestros *gurús,* vuestros discipulados, pero tuve que echar a un lado todo esto para encontrar. Debéis venir a la Verdad desembarazados, sin temor. No con prejuicios, con ideas preconcebidas, con falsas esperanzas, con falsos temores, ambiciones y gloria personal. Poniendo a un lado lo que antes tuve como gloria, encontré lo perdurable, lo incondicionado, la Verdad misma; olvidando el pasado por completo dentro de mí, despiadadamente, encontré lo Eterno, que no tiene pasado ni futuro, principio ni fin. Y, habiendo encontrado lo perdurable de esta manera—pues no hay otra—, deseo dar a los demás esa comprensión.

¿Qué buscáis, pues, para reuniros aquí año tras año? Os ruego que os apliquéis la pregunta, sin dejarla pasar. ¿Qué busca cada cuál? ¿Por qué asistís a estos campamentos? ¿Para disfrutar de una reunión de placer? ¿Para pasar unos días en compañía de aquellos a quienes no habéis visto en todo el año? ¿Para entregaros a vuestras pasiones mezquinas? ¿Para escuchar palabras agradables? ¿Para afirmaros en vuestras dudosas creencias? ¿Qué es lo que desea cada uno de vosotros? Yo os diré lo que deseáis—no lo que deseáis individualmente, sino lo que el mundo busca.

La ignorancia no tiene principio, pero tiene fin, y cada uno de vosotros busca ese fin, porque la ignorancia es limitación y causa de aflicción. Ser inconsciente del yo es ignorancia, y comprender el yo plenamente es conocimiento. Ignorancia es la confusión de lo falso con lo real. Estando inciertos, dudosos, no estáis seguros de lo que es verdadero y lo que es falso, de lo que es esencial y lo que es transitorio, de lo que es amargo y lo que es dulce. El verdadero conocimiento del yo consiste en saber qué es lo verdadero y qué lo falso, en reconocer la verdad en lo verdadero y la falsedad en lo falso. Ese conocimiento del yo no crea barreras ni limitaciones, y, por lo tanto, produce felicidad duradera. Vosotros buscáis el poder para destruir por vosotros mismos todas las limitaciones que os habéis echado encima, y alcanzar así la libertad, que es felicidad. Todo lo que conduce a la libertad, al equilibrio, a la libre, inmensurable grandeza de la Vida, conduce esencialmente a la Verdad. Todo lo que crea una barrera, una debilidad; todo lo que sea sujeción, limitación, creencia; lo que sirva de apoyo, lo que conduzca a confiar en otro, es falso, y no os llevará a la Verdad. Por lo tanto, la confusión de lo verdadero (o sea, lo que es esencial y os hará libres), y lo falso (que os limita y os sujeta), es ignorancia. Las falsedades, las cosas no esenciales, las puerilidades, las debilidades de que dependéis, los temores que abrigáis en vuestro corazón, no pueden llevaros a la libertad, y, por lo tanto, son falsos, son una limitación que hay que apartar.

En cada uno de vosotros existe este esfuerzo constante para discernir entre lo real y lo falso, la sujeción y la libertad, la miseria y la felicidad; existe este dolor, esta batalla constante. Este es el problema que tenéis que resolver. A esto debéis prestar atención, concentrándoos en ello; no a las cosas triviales creadas por el hombre, no a las formas que crea la vida en perversión. Estas tienen que existir, pero son de poca importancia. Lo que os importa es cómo distinguir por vosotros mismos, sin la autoridad de nadie, lo que es verdadero y lo que es falso. Cuando hayáis decidido por vosotros mismos, no debéis ya jugar con ello; atenéos con firmeza a una cosa o a otra. No puede haber transigencia; ésta no cabe en la espiritualidad.

¿Qué cosa es ésa por la cual todo el mundo lucha, tantea, se esfuerza y se lamenta? Es la seguridad de sí mismos, el conocimiento propio, perpetuamente; es la adquisición de esa paz interior que no puede turbar lo falso ni lo verdadero. He aquí lo que busca todo el mundo, y a esto debéis dedicar vuestro pensamiento, vuestro cora-

zón, vuestra atención completa. Os digo que la única manera de que encontréis es la que yo he empleado: poniendo a un lado todo lo trivial—cultos, *gurús*, temores, senderos, *todo*. Si deseáis la felicidad, tenéis que hacer lo mismo. Yo no os incito a ello. No es mi autoridad la que ha de impulsaros. Debéis buscar el por qué sois infelices, el por qué lleváis en el rostro el sello de la miseria, el por qué hay lágrimas, y risas que cuestan sufrimiento.

En el ser humano existen dos elementos—esto no es un dogma, ni una filosofía, ni una teoría—uno eterno y otro progresivo. Vosotros debéis ocuparos de convertir lo progresivo en lo eterno. En todo ser humano, en cada uno de vosotros, existe este yo progresivo, que se esfuerza en avanzar hacia lo inmensurable, ilimitado y eterno. La adquisición de la Verdad estriba en hacer incorruptible ese yo progresivo, mediante la unión con lo eterno que hay en vosotros. Divido el yo en eterno y progresivo nada más que para explicarlo, pero no lo déis otro giro y hagáis con ello una teoría, un dogma, un sistema complicado, destruyendo así eso que buscáis. Todo el proceso de la existencia consiste en transformar lo progresivo en lo eterno. El yo progresivo, que se ha limitado a sí mismo, es la causa del dolor. Está creando barreras constantemente, porque es pequeño, porque opta por lo no esencial, por lo falso, lo limitado. Ese yo progresivo está afirmándose constantemente, y esa afirmación *debe* existir, hasta que se realice esa unión con lo eterno.

El yo progresivo está siempre buscando la eternidad; no la del individuo, sino la del todo; que no se limita al individuo, sino que es la consumación de toda vida, así individual como universal. El yo progresivo sigue un proceso de avance, está trepando todo el tiempo, por medio del esfuerzo, de la destrucción de los obstáculos; y, en ese avance, en esa ascensión, con su autoafirmación produce ecos. Esos ecos vuelven sobre él en forma de aflicción, dolor y placer. Esa autoafirmación del yo progresivo tiene que existir, hasta que os fundáis con lo eterno. La existencia misma, esto es, la vida que lleváis, es autoafirmación, y esta autoafirmación dentro de lo limitado produce aflicción, y esta aflicción pervierte vuestro criterio, complica vuestra vida. Os descarrían las cosas que no tienen valor, que no son esenciales, que ponen limitaciones mayores en vuestra busca. Si esta busca no es vigilada, orientada, socorrida, estimulada, caéis en las cosas triviales, absurdas, pueriles. Repito, pues, que no podéis libraros de esa autoafirmación que es causa de dolor; pero tan vasta puede hacerse que llegue a ser libre. Porque vosotros

deseáis aquello que percibís. Vuestro deseo es trasformado por lo que percibís. Si vuestra percepción es estrecha, limitada, vuestros deseos serán pequeños. Pero, si vuestra percepción de la vida es ilimitada, vasta, íntegra, completa, vuestros deseos serán grandes, vastos, ilimitados.

La autoafirmación del «Yo» que no produce aflicción, está más allá del tiempo. El presente, el inmediato ahora, es siempre pasado. En cuanto yo hago una cosa, ya ha terminado, pertenece al pasado, está muerta. Toda acción que tiene lugar en el presente, instantáneamente se convierte en pasado, y a ese pasado pertenece cuanto habéis comprendido del yo progresivo. Lo que quiera que hayáis comprendido, que hayáis dominado, conquistado, ha dejado de ser, pertenece al pasado, está muerto, ha terminado. Todo lo que hayáis comprendido y conquistado, dominado, os acerca a ese futuro que se llama AHORA. A ese pasado, que es el siempre cambiante presente, pertenece el nacer, las adquisiciones, la renunciación, todas las cualidades que habéis desarrollado. En cuanto comprendéis algo del yo progresivo, ha dejado de ser, ha terminado y pertenece al pasado. Ha muerto, es polvo, nada queda de ello excepto vuestro avance hacia la eternidad.

Siendo el presente el pasado siempre cambiante, sólo queda el futuro, al que miráis con tal deleite, con tales esperanzas, con anhelos tan varios, que creáis teorías, filosofías innumerables, que apenas tienen importancia, porque, como os demostraré, el futuro no es real. A ese futuro, misterio que tanto os deleita, pertenece lo que queda del yo progresivo sin resolver. Lo que no habéis resuelto del yo progresivo es un misterio, y en ese misterio estáis presos. Eso es el futuro, ese es el misterio del yo que no habéis conquistado, que no habéis ganado, alcanzado y resuelto. Y como misterio continúa. Al misterio del futuro, que es el «Yo» sin resolver, pertenece la muerte, que tanto teméis. En cuanto comprendéis directamente, no hay nacimiento, ni muerte. Lo que está por comprender no ha dejado aún de ser. Lo que no ha dejado aún de ser es un misterio, y en ese misterio ponéis a la muerte. Porque no lo comprendéis, pertenece a esa parte sin resolver del «Yo», y de ese misterio insoluble procede el temor—temor a la muerte, a las complicaciones del amor (amor sin correspondencia, suspicacia, envidia), a la soledad, a la amistad, a todo lo que pertenece al futuro y al «Yo» no resuelto. Debéis buscar esa felicidad que deseáis, ahora, no en el pasado ni en el futuro. ¿Qué vale ser feliz dentro de diez años? ¿Qué vale gozar de

compañía, de amistad, dentro de diez años, si ahora estáis solos, si cada momento que pasa produce lágrimas, aflicción, miseria? Si tenéis hambre, queréis satisfacerla inmediatamente, ahora.

Para resolver el misterio del «Yo», no debéis mirar al futuro, porque éste, si no lo habéis resuelto, es interminable, continuo. Pero para el hombre que comprende, la solución está donde se encuentran el pasado, el presente y el futuro, que es el ahora. En cuanto comprendéis, desaparece el misterio.

La eternidad que busca el yo progresivo no está en el pasado ni en el futuro, está en el ahora. AHORA es el momento de la eternidad. Cuando comprendéis esto, habéis trascendido toda ley, toda limitación, el karma y la reencarnación. Estas cosas no tienen valor, aunque sean realidades, porque vivís en lo eterno.

No podéis resolver vuestros problemas en el futuro; vuestros temores, vuestras ansiedades, vuestras ambiciones, vuestras muertes y nacimientos, no pueden resolverse en el futuro ni en el pasado; debéis resolverlos AHORA. Ese yo progresivo que está constantemente buscando la eternidad, a través de sus limitaciones y de su aflicción, debe hacerse incorruptible AHORA. Debéis preocuparos de si sois corruptibles o incurruptibles AHORA, no en el futuro, porque la aflicción os afecta ahora, no en el futuro. Tenéis que hacer a ese yo progresivo, fuerte, íntegro, completo, en el AHORA inmediato, que es el momento de la eternidad.

Como quiera que nada tenéis que ver con el pasado ni con el futuro (me temo lo contrario, pero eso no importa), debéis concentrar toda vuestra atención, enfocar toda acción, todo pensamiento, en la incorruptibilidad de la mente y del corazón, pues ese es el lugar del yo. En el momento que sois incorruptibles, sois una luz que no da sombra, y la felicidad, el regocijo, se concentra en vosotros; entonces, podéis realmente ayudar y dar luz a los que os rodean y viven en la oscuridad.

Para vivir en el inmediato AHORA, que es la eternidad, tenéis que quitaros las cosas triviales que pertenecen al pasado o al futuro. *Todo* debe abandonarse: las esperanzas muertas, las teorías falsas, los dioses, y vivir —como la flor da su perfume—plenamente concentrados en ese momento del tiempo, en ese AHORA que no es el pasado ni el futuro, que no está lejos ni próximo, en ese AHORA que es la armonía entre la razón y el amor.

Ese AHORA es la Verdad, porque en él se contiene íntegra la consu-

mación de la vida. Vivir en ese AHORA es la verdadera creación, pues la creación es equilibrio, es lo absoluto, lo incondicionado, la consumación de toda vida. Si queréis vivir en esa eternidad, en ese ahora, no habéis de mirar al futuro ni al pasado, sino, deseando hacer incorruptible, libre e incondicionado al yo progresivo, vivir concentrados, fijos, atentos a todo acto, a todo pensamiento, a todo amor. Porque ese AHORA existe en todas partes; ese AHORA mora en cada cual, íntegro, completo, incondicionado. Es la eternidad que el yo progresivo, dentro de la limitación o aflicción, está siempre buscando.

ESPIRITUALIDAD Y LEY

POR J. KRISHNAMURTI

¿Obedece la vida a alguna ley? Aquella vida que es absolutamente libre e incondicionada no tiene ley dentro de sí misma. En manifestación, la cual puede ser llamada la expresión de la vida, debe haber ley, pero no la hay para aquello que se manifiesta, para lo que por sí mismo se expresa.

Y puesto que toda ley es limitación mantengo que la vida libertada, que es la consumación de la espiritualidad, está por encima de todas las limitaciones. Hacia lo que está libre no podéis ir con las manos ligadas. No podréis alcanzar la vida espiritual mediante reglas o sistemas. Existe una experiencia interna que no puede ser traducida en lo finito. Es tan vasta, tan inmensa que a menos que en vosotros mismos la experimentéis, permanece como un oculto secreto, un misterio.

¿Cómo pueden en la espiritualidad existir leyes? La verdad no tiene en absoluto senderos, a pesar de la idea firmemente establecida del *gurú,* del mediador que os enseñará, que os guiará hacia niveles más y más altos, que os animará y os dará aquella cualidad innata de fortaleza, de dignidad, de reposo.

Si no hay mediador, ni *gurú,* ni sistema, ni religión, deberá haber constante vigilancia, constante introspección, recogimiento, que establecerá la distinción entre lo irreal y lo real. La ignorancia toda no es sino la mezcolanza de lo irreal con lo real. La ignorancia no empieza pero sí acaba cuando, a través de la vigilancia e introspección, conocéis por vosotros mismos qué es lo real y qué es lo falso, qué es esencial y qué no lo es. Depende de vosotros, no de cosas externas, de circunstancias extrínsecas. No importa cuáles son estas—ya seáis millonarios o pobres—el mundo objetivo de los sentidos no existe para el hombre que está buscando la Verdad absoluta e incondicionada. No está dominado por el exterior, no está regido, ni deprimido o animado por externas condiciones.

Para llegar a la región que es liberación y hacia la cual no existe, no hay sendero, ni *gurú,* ni ley, debéis necesariamente escapar de aquella vieja y bien madurada tradición de los mediadores, de la salvación desde el exterior. Este resquebrajamiento de la tradición significa también que debéis quedar libres del bien y el mal relativos, de lo verdadero y equivocado relativos, del placer y de la pena,

y de las condiciones mundanas. Esto no significa que destruyáis todos los patrones que a otros rigen.

Como he dicho anteriormente, esto es puramente una realización individual, y para llegar a ella por vosotros mismos, debe preceder a la separación de lo externamente bueno y malo, de la pena y el placer y de los convencionalismos que la sociedad ha establecido. La verdad es un país sin caminos y para llegar a él no podéis poseer reglas. No significa esto, que podáis ser disolutos, que podáis usar vuestra libertad para obrar de acuerdo con los deseos. La liberación no es esto. Si ya no existen para vosotros los patrones externos, substituidlos por patrones basados en valores eternos—una cosa mucho más difícil de hacer—. Estos patrones verdaderos, estos valores infalibles no pueden ser discutidos, no pueden ser juzgados, ni tampoco pueden ser contrastados en una balanza, referidos a algún valor establecido exteriormente. Este patrón es dinámico, y, como tal, es verdaderamente creativo, porque constantemente está cambiando con la vida, porque él mismo es vida, mientras todos los demás patrones son estáticos. Cuando está establecido sois libres—libres de todos vuestros *gurús,* sistemas, ritos y leyes. Este patrón no cambiará con relación a vuestros antojos, gustos y antipatías, humor. sino que es una medida que dirige a todo individuo hacia aquella liberación que es armonía y creación verdadera.

La liberación no está en el futuro ni en el pasado. No es algo que deba ser alcanzado en un futuro distante, ni tampoco reposa en el pasado, bajo el dominio y control de aquellos que ya la han alcanzado. Yo sostengo que el ahora, el ahora inmediato es quien soporta la verdad entera. El pasado, es el siempre cambiante presente, y a aquel pasado pertenecen el nacimiento, renunciación, adquisición y todas las cualidades que habéis alcanzado.

El pasado no resolverá vuestros problemas, ni establecerá la armonía dentro de vosotros, y por esto miráis hacia el futuro que se convierte para vosotros en el gran misterio. El futuro es el misterio del «yo», del «yo» no resuelto, pues cualquier cosa que hayáis solucionado del «yo», ha pasado, y, por tanto, cualquier cosa que no hayáis solucionado es futuro, y por tanto, misterio. El futuro permanecerá siempre siendo un misterio, porque cuanto más penetréis en él más misterioso se tornará y más os aprisionará.

El establecimiento de una armonía interna no debe ser alcanzado, ni en el pasado, ni en el futuro, sino en el punto donde el futuro

y el pasado se reúnen, que es ahora. Cuando este punto ha sido alcanzado, ni el pasado, ni el futuro, ni el nacimiento, ni la muerte, ni el tiempo, ni el espacio existen. Es el «ahora» que es liberación, que es armonía perfecta, al cual el hombre del pasado y el hombre del futuro deben venir. Vosotros los que pretendéis efectuar esta armonía en el futuro, debéis realizar este momento eterno.

Para mí, el futuro no tiene ninguna importancia, ni tampoco el pasado. Lo que tiene importancia capital es lo que somos en el presente. Vuestras ideas, amores, vuestro ser entero, debe vivir en lo actual, que significa que debéis convertir vuestras teorías en práctica ahora. Importa lo que sois *ahora,* de qué manera vivís y tratáis a los demás seres, no lo que vais a ser en lo futuro. ¿Quién se ocupa de lo que vais a ser? La simiente que en sí tiene vida quiere calor solar y lluvia inmediatamente, no en un futuro distante, quizá cuando la semilla pueda estar muerta.

El momento eterno es creación. No me gusta usar las palabras «activo» o «inactivo», «dinámico» y «estático», prescindid de las palabras y ved en ellas algo potente. Si no vivís en ese momento eterno, estáis muertos para vosotros mismos, para el «yo», para la inmensidad de la vida. A menos que estéis libres de todas las autoridades exteriores, convencionalismos, aciertos y equivocaciones, filosofías y religiones, nunca podréis llegar hasta aquel ahora inmediato, que es creación.

El ser libre, vivir en el reino de lo eterno, ser consciente de esa Verdad, significa estar más allá del nacimiento y de la muerte —puesto que el nacimiento es pasado y la muerte, futuro—más allá del espacio, más allá del pasado y del presente y de la ilusión del tiempo. El hombre que alcanzó esa liberación conoce esa perfecta armonía que está constante y eternamente presente; vive incondicionalmente en la eternidad que es ahora.

J. KRISHNAMURTI

OMMEN 1927-1929

POR GEORGE LANSBURY, MIEMBRO DEL PARLAMENTO BRITANICO, MINÍSTRO DE LA CORONA

El Campamento de la Estrella en Ommen, es siempre una inspiración y una alegría. Este año, aunque no he encontrado tantos de mis antiguos amigos como en una ocasión anterior, creo poder decir que he pasado por una de las más amistosas y útiles experiencias de mi vida. Amistosas, en el sentido de que el ambiente era de completa benevolencia; y útiles, porque las discusiones han sido de un carácter diferente de las anteriores. Hace dos años, el Campamento estaba lleno de personas procedentes de todas las partes del Mundo. En cierto modo, me parecían días como el de Pentecostés, pues oía uno muchos idiomas pertenecientes a diversas razas, existiendo empero una unidad que encontraba expresión tanto en las reuniones de la enorme tienda, como alrededor de la hoguera del Campamento. Nos llenaba la idea de nuestra nueva organización; la antigua había sido formada en otra parte unos diez y siete años antes, y ahora se la iba a transformar en una corporación más grande y más amplia. En vez de la «Orden de la Estrella de Oriente», íbamos a ser sencillamente la «Orden de la Estrella»; y el joven guía que había sido elegido años antes, había asumido su carácter. Y así nació la Orden de la Estrella. Recuerdo cuando volví a mi país, pensando sobre todo esto y preguntándome qué fin tendría. Han pasado dos años, y de nuevo nos hemos reunido—una asamblea muy cosmopolita—, de muchas partes del Mundo, y nos hemos tropezado con otra crisis o, por lo menos, con otro cambio fundamental. La antigua Orden va a ser sustituída por métodos nuevos, métodos que dependen no de la adhesión individual de miembros, o de promesas, o de cosas parecidas, sino sencillamente de la actuación voluntaria de hombres y mujeres que respondan a la enseñanza de Krishnamurti. Este es, en cierto modo, el momento más culminante de la historia de la vida del instructor. Se desprende él de todas las ayudas que los instructores modernos llaman en su apoyo, y confía tan solo en la pureza y en la fuerza de su mensaje. De nuevo me pregunto en qué parará esto. Supongo que la respuesta será: «Esto no para, no puede haber un fin». La vida, para todos nosotros, tiene que continuar siendo un proceso de devenir. Nunca alcanzaremos el fin, si creemos que no hay finalidad en el progreso humano o finalidad en la vida misma. Así pues, de todas las discusiones de

estos días, se desarrollará, de ello estoy seguro, no una corporación organizada en el sentido en que entendemos esta, sino, en todo caso, un movimiento organizado, que encontrará expresión para sí en las vidas individuales de hombres y de mujeres, que llevarán a la práctica el ideal del mensaje de Krishnamurti, en todos los esfuerzos organizados a que se adhieran. El mensaje es muy sencillo: el Reino de los Cielos está en vosotros. Encontraréis a Dios, no fuera de vosotros, sino en vosotros mismos—sea el que fuere el significado que la palabra «Dios» tenga para vosotros. Al fin y al cabo, esto que es al parecer nuevo cuando lo dice Krishnamurti, en realidad, despojado de toda palabrería, de toda organización, es el mensaje del mismo Cristo.

Así pues, considerando este Campamento tan concurrido principalmente por personas relativamente jóvenes, su juventud y su entusiasmo, son símbolos de que Krishnamurti tiene un mensaje para su época, y que, como dicen los americanos, la «está cruzando». Es un encanto saber que estas tres mil personas, o muy cerca, (para no decir nada de los otros miles que le escucharon el domingo), volverán a sus hogares determinados a trabajar en cualquier dirección que puedan, por el espléndido ideal del propio desarrollo que, para los hombres de mi edad, parece ser la única cosa necesaria para hacer que la democracia sea una cosa viviente. Actualmente no hay en el Mundo, una democracia activa. Quizá nuestro movimiento británico tenga más espíritu democrático que ningún otro; pero, aún allí, ninguno de nosotros pretenderá que la democracia rige, sencillamente por la falta de poder y de confianza en sí mismo, que parece invadir a la multitud. Esto ya no ocurrirá, a medida que el conocimiento, la sabiduría y la comprensión se desarrollen; siendo la «comprensión» lo que Krishnamurti subraya tanto, en cuantos discursos le he oído. Al fin y al cabo, esta palabra «comprensión», es la que debemos captar todos nosotros; pues podemos tener muchas facultades, pero si no tenemos la facultad de la comprensión, jamás progresaremos. Así pues, de vuelta a mi país, dejando detrás de mí estas impresiones, quiero registrar una o dos además.

He expuesto las que anteceden sobre el mensaje de Krishnamurti, en primer lugar, porque son las más importantes; pero hay que decir muchas otras cosas sobre este Campamento, que lo caracterizan como un hermoso movimiento y un esfuerzo espléndido, para reunir hombres y mujeres con el mínimum de estatutos y reglamentos, y, como debía ser, con un máximum de libertad. Yo creo que quien

quiera que sea el que se ha ocupado de la organización (especialmente mi amigo Rajagopal y el administrador, Mr. Folkersma), no merecen tan solo meras palabras de elogio, sino las máximas alabanzas, por la atención y cuidado de los detalles, que son evidentes en todas las direcciones del Campamento. Alimentar, sin un tropiezo, a 2.700 personas, y añadirles el domingo algunos miles más, es un gran éxito que se ha logrado. Su obra de organización ha sido tan facilitada, por la ayuda magnífica, (quisiera conocer otra palabra mejor), verdaderamente magnífica y entusiasta, de los voluntarios auxiliares. Jamás, creo haya habido tal exteriorización de cooperación verdadera, tanto en el trabajo como en un esfuerzo, para hacer que todo fuera de un modo agradable y suave. La organización de todo lo relacionado con los baños, la higiene y la sanidad, que es generalmente muy mezquina en los Campamentos, eran en verdad de primer orden en este Campamento.

Una vez dicho esto, por mí y por todos los forasteros, la impresión dominante es el saludo amistoso que encuentra uno por todas partes.

Y luego, las reuniones del Campo del fuego. En cierto modo, quisiera que el fuego ardiese en una noche fría de invierno, solo con la luna y las estrellas brillando sobre nosotros. Encender el fuego a la puesta del sol estos días, es quitarme el afán algo infantil, de ver una gran llama y sentarme al lado de ella, viendo las sombras y las formas del pasado. Sin embargo, sentarme como tuve el privilegio de sentarme, dando frente al auditorio y mirando los semblantes mientras Krishnamurti hablaba, fué una experiencia de que nunca había disfrutado antes. He asistido a centenares de reuniones, en todas las partes del Mundo. He visto la marcha brillante de los socialistas en París, en Bruselas, en Estocolmo y en Inglaterra, mi país; y los he visto sentados alrededor de nuestras tribunas. Pero creo que estas reuniones alrededor del fuego del Campamento, con personas subidas en dos pequeños montículos en los ángulos exteriores y niños subidos en los árboles, es, en cierto modo, el más grandioso espectáculo de todos. Es asombroso, no solo por la intensa atención y lo que se apreciaba evidentemente cuanto el joven orador decía, sino también porque lo que les congregaba era una causa impersonal. Cuando nosotros los socialistas nos reunimos, lo hacemos comprometiéndonos a luchar para elevar nuestra condición material y la de nuestros compañeros. Alrededor de este campo del fuego, escuchábamos a uno que nos está enseñando la más dura de todas las

verdades, tanto para entenderla como para seguirla, a saber, que si la humanidad ha de redimirse, tiene que redimirse por la acción individual de cada uno de nosotros. Esta es una lección dura de aprender para un socialista; pues, en cierto modo, ponemos nuestra fe en la legislación, en la administración. Todo ello es verdad y necesita ser dicho y laborado; pero seguramente Krishnamurti tiene razón, y aquella gran multitud tenía razón en escucharle y conceder atención a su enseñanza, cuando dijo que si todos nosotros dejásemos vivir en nuestras vidas el espíritu de compañerismo y de cooperación, los males del Mundo se arreglarían.

Solo me voy triste a mi país, por una cosa: porque no estuvieran presentes mis amigos del East End, de Londres. Cuando digo «mis amigos», me refiero a los muchos miles entre quienes vivo, y cuyas vidas participan de la mía, como la mía de las suyas. Eso no pudo ser. Así pues, me vuelvo a mi país, con la impresión de que al menos ha sido un bien para mí estar en el Campamento; un bien, el estar por algún tiempo en compañía de Krishnamurti y de la Doctora Besant y sus amigos. Pero especialmente, sobre todo lo demás, ha sido un bien haber tenido la bendición del compañerismo y la amistad de aquellos centenares de hombres y mujeres buenos que, con una sonrisa, una inclinación de cabeza, un apretón de manos, me saludaban como uno de los suyos, y han hecho que regrese a mi hogar con la impresión de que debe haber esperanza para el Mundo, debe haber grandes esperanzas para el porvenir de la humanidad, mientras haya entre nosotros, quienes sin estar adheridos a ninguna organización, sin estar limitados por reglamentos, estén inspirados por un gran ideal: el de trabajar y afanarse por causas impersonales, la mayor de las cuales es el establecimiento de la cooperación y de la buena voluntad, entre los pueblos de la Tierra.

UNA IMPRESIÓN

POR EDITH ANDREÆ

Llegué a Ommen llena de dudas, de complicaciones, de dificultades. ¿Era Krishnamurti el Instructor del Mundo? ¿Me daría resueltos los problemas de la vida? ¿Sería yo capaz de comprender su enseñanza? Y le oí o, mejor todavía, le ví, le sentí, respiré su misma atmósfera, tan hechida de benevolencia, amor y comprensión. Y supe en seguida que no tenía que hacer ya ninguna pregunta, ni resolver ya problemas acerca de la muerte, el Karma y la vida actual. Harta de aprender, de discurrir, de estudiar, sólo tenía que profundizar en mi propio yo, llegar hasta las raíces mismas de mi sér, y allí, sólo allí, encontrar la verdad y el amor sereno y perdurable.

No más cuestiones de eternidad para el que siente la eternidad en todo momento de su vida. No más inquietud para el que vive en la raíz misma de su sér. No más aflicción para el que ha comprendido la canción del amor. No más soledad para el que ha encontrado la Verdad. Yendo a lo profundo de mi propio corazón, encontré al Cristo, al Buda, a Krishnaji y a la Verdad, pues me he convertido en la Vida.

LA VIDA, EL UNICO INSTRUCTOR

POR J. J. VAN DER LEEUW, LL. D.

La vida es para mí el único Instructor; aprendo por medio de la experiencia que me brindan el gozo y la aflicción, el triunfo y el fracaso. Nadie más que la vida ha respondido siempre a mis preguntas, y no habla con palabras: sus lecciones son experiencias. Como quiera que Krishnamurti, en su liberación de todo lo que es relativo, se ha convertido en la vida misma—en el océano que lo abarca todo—él es el Instructor. Pero, también, debe tenerse en cuenta que la esencia de su enseñanza no son palabras. Estas no hacen más que ocultar la verdad que tratan de expresar; sólo en la vida real del hombre se hace transitorio lo eterno; en ella tiene lugar la cuadratura del círculo, no en el lenguaje ni en el símbolo.

Las palabras de un gran instructor es lo de menos en su enseñanza; el efecto que produce su vida nunca puede compararse al de sus palabras. Ellos son los que despiertan una nueva vida, que en ellos es plenamente consciente y que en sus semejantes despunta de una manera vaga. Aunque la doctrina que enseñen con palabras se encuentre en enseñanzas anteriores, es empero completamente nueva, por que ellos la viven de una manera que nunca pudo vivirse antes. La cosa nueva que despiertan es una clase de vida, no una doctrina. Ellos despiertan en el hombre una nueva facultad, una nueva respuesta a la vida, y hacen esto por medio de su misma vida, por medio de lo que ellos son.

Sin embargo, lo que traen no es extraño para la humanidad de su tiempo. Ellos están por encima de los Hombres Representativos; lo que en los muchos tiende a surgir, en ellos ya está libre; lo traen para que nazca en otros. Ellos son, pues, más que Instructores del Mundo, gente que despierta a otros. No enseñan doctrina alguna, viven una vida; no tienen discípulos, sino hijos nacidos de la nueva vida que es suya.

Cuando los «discípulos» tratan de propagar su «doctrina», es síntoma seguro de que la vida se está perdiendo ya. Los que cooperen en la labor de Despertar, deben vivir una nueva vida, y no enseñar una nueva doctrina.

Los libros y las conferencias son, pues, secundarios. Sin la vida de la cual son chispas, no tienen objeto. Las palabras de Jesús hubieran carecido de sentido, hubieran sido impotentes sin su vida;

no hubieran subsistido. Las palabras de Krishnamurti, publicadas de un modo espontáneo y milagroso, sin su vida como origen, no producirían efecto, no tendrían vida.

Por lo tanto, la labor suprema de Despertar es vivir una vida. Lo que debemos enseñar a los demás no es una repetición de las palabras de Krishnamurti, ni mucho menos nuestra poca estima hacia los que no «comprenden», sino nuestra propia vida.

El arte de la vida, el nuevo arte de la vida, tiene que ser nuestra actividad creativa. No hay arte más exigente que este arte de la vida; nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, palabras y acciones forman todos parte de nuestra nueva creación. Porque es la creación lo que es capaz de afectar a los demás, de despertar la vida en ellos. Así podremos «enseñar», así únicamente.

Más importante, pues, que la publicación de libros de Krishnamurti, es la propagación de la nueva vida que él despierta. Y esto sólo puede hacerlo el hombre con la obra de arte de su vida. Sin esto, los libros perderán su importancia pasada esta generación; hay que llevarlos en una corriente impetuosa de vida.

Esta nueva creación es esencialmente individual; nadie puede ayudar en esto a nadie; nada puede servir de apoyo. Nuestra vida especial se muestra en nuestra relación con los demás, con nuestro trabajo; la vida colectiva es la orquestación de nuestra música.

Necesitamos crear *Ashramas,* en las cuales la nueva vida sea una realidad vivida, no una enseñanza repetida con frases almacenadas que son el principio de una nueva ortodoxia.

Me imagino cómo serán esas comunidades en el futuro en todos los países. Podríamos llamarlas monasterios modernos, aunque diferirán esencialmente de los del tipo medieval.

En ellos reina el amor a la vida, no el temor ni la preservación de la vida.

En ellos el hombre es su propio libertador, no un dios de su creación.

En ellos no hay rutina de la vida, en la cual se adormece la actividad espontánea.

En ellos la vida no está sujeta al dogma, al rito ni a la autoridad, sino que fluye libre y en abundancia.

Estos modernos monasterios serían oasis en el desierto; los hombres sedientos de la realidad, de vida libre, vendrían aquí, y, en el ambiente de la nueva vida, encontrarían la perdida dirección, la solu-

ción de sus inquietudes. Pues la vida es la única solución de los problemas e inquietudes del hombre, de sus cuestiones y perplejidades.

Un lugar como Eerde debiera ser—creo—el primero de estos monasterios. Cuando la nueva clase de vida haya sido establecida por aquel grupo, podrá ramificarse e iniciarse otras *Ashramas* similares.

Lo primero que hace falta es un grupo de individuos, suficientemente decididos a cooperar en esta labor creativa. Sin gente apropiada que lo inicie nada puede hacerse.

Después, es preciso considerar la clase externa de vida. Esta nueva vida difícilmente puede vivirse en un medio ambiente que exprese el deseo de comodidades de una época pretérita. Es necesaria cierta severidad de ambiente para estar alerta; el confort adormece, los objetos superfluos surten un efecto frívolo y enervante. La mayor sencillez en la disposición de la vida, una atmósfera de tranquila reflexión, una concentración sostenida en lo real, he aquí lo que hay que crear para que la nueva vida sea una realidad. El confort que adormece la vigilancia e intensidad de la vida, el bullicio y la precipitación que ahogan la voz de la vida, las distracciones que son solo sustitutos para una vida sin objeto, todo esto debe acabar; el trabajo debe hacerse en la quietud de una aspiración única enteramente despierta.

Así, el extraño que está deprimido y fatigado de la vida, que ha perdido su dirección y busca certidumbre, puede venir a este lugar y, en su atmósfera, despertar a la nueva vida. Nada de predicaciones sobre lo que ha de hacerse o lo que no; la vida es la nueva moralidad; si está despierta en el hombre, es su guía segura en todo momento.

El nuevo monasterio puede ser, entonces, un oasis en el desierto; a él pueden acudir los hombres a beber la vida y salir renovados, bien dotados, conscientes de su objetivo.

Este es para mí el método de enseñanza que hace falta, la tarea y finalidad de los muchos organismos que existen por todo el mundo para el impulso de la labor de Krishnamurti.

Naturalmente que en la vida de cada individuo tiene que producirse igual creación de nueva vida; la creación individual subyace siempre en el esfuerzo colectivo. Nadie tiene que esperar una comunidad de esas o un nuevo monasterio; cada cual puede ser un oasis de vida para lo que le rodea, puede ser un instructor según su vida.

Enseñar es, primordialmente, vivir.

KRISHNAMURTI EN 1929

POR YADUNANDAN PRASAD, M. A. (CANTAB.)

Quien ha asistido y tomado parte en los campamentos de la Estrella durante varios años, quiza se incline a dar las cosas por supuestas, sin buscar los matices más delicados de lo notable. Sin embargo, el Campamento de Ommen de 1929, que acaba de terminar, ha abundado en impresiones, sutiles y claras, y difícilmente habrá habido persona a quien no hayan afectado.

Krishnamurti ha dado cada año una nota especial a los campamentos: en 1926 habló del Amado, ese aspecto místico, aunque peculiar, de nuestra personalidad, que todos buscamos y que debemos descubrir *fuera,* por su descubrimiento supremo *dentro.*

En 1927 habló de la busca de la eterna felicidad que trasciende placeres y dolores, gozos y aflicciones, y de la Liberación de las limitaciones y la necesidad de experiencia como meta suprema.

En 1928 habló de la Vida—ese algo inefable—que es nuestro verdadero yo íntero, así individual como universal. Nos exhortó a abandonar nuestros dioses y nuestras muletas, y toda autoridad externa, y a enamorarnos de la vida misma.

En el Campamento de 1929 Krishnamurti nos ha dado ideas ricas en potencialidad constructiva y llenas de fuerza dinámica. Ante todo y sobre todo, hizo un llamamiento a la intensidad de nuestro interés por la Verdad, por el logro de nuestro ideal, por las cosas reales que él expresa. Nos dijo que no podíamos simultáneamente manejar juguetes y esperar comprender. Nos exhortó a tirar los juguetes que nos habían ofrecido tentadoramente y asir las realidades de la vida. «No podéis jugar con las dos cosas, si queréis ser felices. La incertidumbre es siempre el lugar de la infelicidad. Estad seguros de lo que realmente deseais y deshaceos de todo lo demás.»

La segunda idea importante que nos dió, fué que cada individuo tenía un aspecto dual—el eterno y el progresivo. La atención sobre el «yo» daba como resultado la unión de lo progresivo (creado por una limitación autoimpuesta sobre lo eterno) con lo eterno. Cada individuo era libre y, al mismo tiempo, estaba limitado por el yo progresivo. El estribillo que emplea siempre Krishnamurti es que debemos percibir primero, por vaga e indistintamente que sea, la meta final misma, y entonces llegaremos de verdad, entonces todos

nuestros actos, pensamientos y sensaciones se basarán en el patrón eterno y llevarán su sello.

Otra gran idea que grabó en nosotros fué la grandeza del momento AHORA. *Ahora* es lo que importa, *ahora* es lo que debemos conquistar, *ahora* es cuando nuestras acciones, nuestros pensamientos y nuestras sensaciones deben fundirse en el molde de la eternidad y, por ende, de la perfección. ¿Para qué sirve un bálsamo en el futuro al hombre que tiene ahora doloridos sus miembros? ¿De qué le sirve alimentarse en el pasado al hombre que está hambriento ahora? Krishnamurti nos puso de relieve la necesidad absoluta de estar concentrados intensa y enteramente en el eterno *ahora,* ese momento glorioso en que se encuentran el pasado—residuo de toda experiencia, el presente—momento de la acción, y el futuro—visión de la meta.

Krishnamurti expuso la idea de que él quiere crear hombres fuertes —uno, seis o una docena—en el mundo, los cuales, convencidos de su propia divinidad, de su propia libertad y supremacía, con clara visión del futuro, estén atentos a las posibilidades del AHORA y sean como la rosa en pleno desarrollo, que da su aroma a todo el que pasa.

Otro rasgo característico de este Campamento fué haber anunciado Krishnamurti su decisión de disolver la Orden de la Estrella. Esta declaración se ha publicado ya completa, pero citaré la esencia de un pasaje: los fuertes, que son pocos, no necesitan una organización, pero los débiles, que son muchos, harán de la Orden una secta, una religión, un culto; mi propósito es destruir todo andador—viejo o nuevo, y hacer libres a los hombres.

La noticia de la disolución, aunque desconcertó a algunos, haciéndoles sentir la necesidad de vestiduras, de un refugio confortador para huir de las dificultades, produjo en la mayoría una sensación de libertad, accionando el sentimiento de la fuerza interna, que, lejos de suscitar caos, producirá inevitablemente orden y armonía—individual y universal.

LA DISOLUCION DE LA ORDEN DE LA ESTRELLA

UNA DECLARACION DE J. KRISHNAMURTI

Vamos a discutir esta mañana la disolución de la Orden de la Estrella. Muchos se alegrarán, y otros se pondrán tristes. Pero no es cuestión de alegría ni de tristeza, pues es inevitable, como os lo voy a explicar.

Quizá recordaréis aquel cuento en que el diablo y un amigo suyo iban caminando por la calle cuando vieron delante de ellos a un hombre que se agachaba, recogía algo del suelo, lo miraba y se lo guardaba en el bolsillo.

El amigo dijo al diablo: «¿Qué ha recogido ese hombre?» «Ha recogido un pedazo de verdad», respondió el diablo. «Mal negocio para ti», observó el amigo. «De ninguna manera», repuso el diablo, «voy a dejarle que lo organice».

Yo sostengo que la verdad es un país sin caminos, y no podéis acercaros a ella por ningún sendero, cualquiera que sea, por ninguna religión, por ninguna secta. Ese es mi punto de vista, que mantengo de manera absoluta e incondicional. La verdad, como carece de límites, como es incondicionada, inasequible por ningún camino, cualquiera que sea, no puede ser organizada. No deberían, pues, formarse organizaciones para llevar o incitar a los hombres a seguir un sendero particular. Si desde el principio entendéis esto, veréis hasta qué punto es imposible organizar una creencia. Una creencia es una cuestión puramente individual, y no podéis ni debéis organizarla. Si lo hacéis, resulta algo muerto, cristalizado; se convierte en un credo, en una secta, en una religión que hay que imponer a los demás. Esto es lo que todo el mundo trata de hacer. La verdad se estrecha así y se transforma en un juguete para los débiles, para aquellos cuyo descontento sólo es momentáneo. La verdad no puede rebajarse; es el individuo quien tiene que hacer el esfuerzo para ascender hasta ella. No podéis traer al valle la cumbre de la montaña. Si queréis alcanzar la cumbre tenéis que pasar por el valle, trepar por las escarpas sin temer los peligrosos precipicios. Tenéis que trepar hacia la verdad; ella no puede rebajarse u organizarse para vosotros. El interés por las ideas se mantiene principalmente por las organizaciones, pero las organizaciones sólo despiertan un interés externo. El interés que no nace del amor por la verdad misma, sino que se des-

pierta por una organización, no vale nada. La organización se convierte en un armazón, dentro de la cual los miembros se ajustan convenientemente. Ya no se esfuerzan en buscar la verdad o la cumbre de la montaña, sino más bien se labran un nicho a propósito para ellos, en el que se colocan o se hacen colocar, pensando que de este modo la organización los conducirá a la Verdad.

Esta es la primera razón por la cual, según mi punto de vista, la Orden de la Estrella debe disolverse. A pesar de esto, vosotros formaréis probablemente otras Ordenes, continuaréis perteneciendo a otras organizaciones que buscan la verdad. Yo no quiero pertenecer a ninguna organización de carácter espiritual; os ruego que entendáis bien esto. Emplearía una organización para ir a Londres, por ejemplo; pero ésta es una clase de organización completamente diferente, sólo mecánica, como el correo o el telégrafo; usaría un automóvil o un barco para viajar, pero estos son mecanismos físicos que no tienen nada que ver con la espiritualidad. Afirmo nuevamente que ninguna organización puede conducir al hombre a la espiritualidad.

Si se creara una organización para este propósito, se convertiría en una muleta, en una debilidad, en una limitación que inutilizaría al individuo y le impediría crecer, establecer su personalidad única, que está en el descubrimiento por sí mismo de aquella verdad absoluta e incondicional. Y ésta es otra razón por la que he decidido, como Jefe de la Orden que soy, disolverla. Nadie me ha persuadido para tomar esta decisión.

Esto no es un hecho extraordinario, puesto que no quiero secuaces; y *eso es lo que quiero decir*. Desde el momento en que seguís a alguien, dejáis de seguir la verdad. No me preocupa si prestáis atención a lo que digo o no. Quiero hacer una cosa determinada en el mundo, y la haré con invariable concentración. No deseo ocuparme sino de una cosa esencial: hacer al hombre libre. Deseo libertarle de todas las jaulas, de todos los temores; y no fundar religiones, sectas, ni establecer nuevas teorías o nuevas filosofías. Vais a preguntarme, naturalmente, por qué recorro el mundo hablando continuamente. Os lo voy a decir: no es porque quiera que se me siga, ni porque desee un grupo especial de discípulos elegidos. (¡Cuánto gustan los hombres de ser diferentes de sus semejantes, por muy ridículas, absurdas y triviales que sean sus diferencias! No deseo fomentar este absurdo). No tengo discípulos, ni apóstoles, ni sobre la tierra ni en el reino de la espiritualidad.

Tampoco es el deseo del dinero ni de la vida cómoda lo que me atrae. Si quisiera llevar una vida cómoda no vendría a un campamento, ni viviría en un país húmedo. Hablo con toda franqueza porque deseo que esto quede sentado de una vez para siempre. No quiero discutir estas niñerías año tras año.

Un periodista que se entrevistó conmigo consideraba un acto grandioso disolver una organización en la que hay miles y miles de miembros. Para él era una gran acción, porque decía: «¿Qué hará usted después? ¿Cómo vivirá? No tendrá usted ya quien le siga; la gente no le escuchará más». Pues bien, si sólo hay cinco personas que quieran escuchar, que quieran *vivir,* que tengan sus rostros vueltos hacia la eternidad, será suficiente. ¿De qué sirve tener miles de individuos que no comprenden, embalsamados por completo en sus prejuicios, que no quieren lo nuevo, sino que lo querrían más bien traducido a la conveniencia de sus individualidades estériles y estancadas? Os hablo con una cierta violencia, pero haced el favor de entenderme, que no es por falta de compasión. Si vais a ver a un cirujano para que os haga una operación, ¿no es bondadoso por su parte el operaros, aun si os causa dolor? De igual manera, si yo os hablo sin ambajes no es por falta de verdadero afecto, sino por todo lo contrario.

Como ya he dicho, sólo tengo un propósito: hacer al hombre libre, incitarle hacia la libertad, ayudarle a escapar de todas sus limitaciones, pues eso únicamente le dará la eterna felicidad, le dará la realización incondicionada del yo.

Precisamente porque yo soy libre, incondicionado, el todo, no la parte, la verdad, no relativa, sino completa, que es eterna, deseo que aquellos que tratan de comprenderme sean libres; no que me sigan, no que hagan de mí una jaula que se convertiría en una religión, en una secta. Más bien deberían libertarse de todos los temores; del temor de la religión, del temor de la salvación, del temor de la espiritualidad, del temor del amor, del temor de la muerte y aun del temor de la vida. Así como un artista pinta un cuadro porque se deleita en la pintura, porque es la expresión de sí mismo, su gloria, su bienestar, de igual modo hago yo esto, y no porque desee nada de nadie.

Estáis acostumbrados a la autoridad o a la atmósfera de autoridad, que creéis os conducirá a la vida espiritual. Pensáis y esperáis que alguien, por medio de sus poderes extraordinarios, por un milagro, va a transportaros a este reino de la eterna libertad, que es Felici-

dad. Toda vuestra concepción de la vida se apoya en esa autoridad.

Durante tres años venís escuchándome y, excepto en unos pocos, ningún cambio se ha producido en vosotros. Pero, analizad lo que os digo, sed críticos, para que podáis entender plenamente, profundamente. Cuando buscáis una autoridad para que os conduzca a la vida espiritual, automáticamente quedáis obligados a construir una organización alrededor de esa autoridad. Y por el hecho mismo de crear una organización, que pensáis ha de ayudar a esa autoridad a conduciros a la vida espiritual, quedáis prisioneros en una jaula.

Si os hablo con esta sinceridad, recordad que lo hago, no por dureza, no por crueldad, ni por un exceso de entusiasmo por mi propósito, sino porque deseo que comprendáis lo que estoy diciendo. Esa es la razón por la que estáis aquí, y sería una pérdida de tiempo si yo no os explicara con claridad y decisivamente, mi punto de vista.

Durante diez y ocho años os habéis estado preparando para este acontecimiento: la venida del Instructor del Mundo. Durante diez y ocho años os habéis organizado, habéis buscado a alguien que viniera a dar una nueva alegría a vuestros corazones y vuestras mentes, que transformara por completo vuestra vida, que os diera una nueva comprensión; alguien que os elevara a un nuevo plano de vida, que os diera nuevo estímulo, que os hiciera libres; y ahora ¡ved lo que sucede! Considerad, razonad con vosotros mismos, y buscad si esa creencia os ha hecho diferentes; no con la superficial diferencia que consiste en llevar una insignia, lo que es trivial y absurdo. ¿Ha barrido esta creencia todas las cosas no esenciales de vuestra vida? Ese es el único modo de juzgar: ¿en qué forma sois más libres, más grandes, más peligrosos para las Sociedades que están fundadas sobre lo falso y lo no esencial? ¿De qué manera los miembros de esta organización de la Estrella han llegado a ser diferentes?

Como ya he dicho, os habéis estado preparando durante diez y ocho años para recibirme. No me interesa si creéis que yo soy el Instructor del Mundo o no. Eso tiene muy poca importancia. Puesto que pertenecéis a la Orden de la Estrella, habéis dado vuestra simpatía, vuestra energía, porque reconocíais que Krishnamurti es el Instructor del Mundo, parcialmente o totalmente: totalmente para aquellos que en realidad están buscando, y sólo parcialmente

para aquellos que están satisfechos con sus propias semi-verdades.

Os habéis estado preparando durante diez y ocho años, y mirad cuántas dificultades hay en el camino de vuestro entendimiento, cuántas complicaciones, cuántas trivialidades. Vuestros prejuicios, vuestros temores, vuestras autoridades, vuestras iglesias nuevas y viejas; todo esto, afirmo que es una barrera para comprender. No puedo ser más claro. No quiero que estéis conformes conmigo, no quiero que me sigáis; quiero que entendáis lo que estoy diciendo.

Esta comprensión es necesaria porque vuestra creencia no os ha transformado; sólo os ha complicado, y por ello no queréis mirar a las cosas como son. Deseáis tener vuestros propios dioses; nuevos dioses en lugar de los viejos, nuevas religiones en vez de las viejas, nuevas formas en lugar de las antiguas; todo igualmente sin valor, todo barreras, todo limitaciones, todo muletas. En vez de las antiguas distinciones espirituales, y en lugar de las viejas formas de adoración, tenéis otras nuevas. Hacéis depender de otro vuestra espiritualidad, vuestra felicidad, vuestra iluminación; y, aunque os habéis estado preparando durante diez y ocho años, cuando yo digo que todas estas cosas son innecesarias, cuando digo que tenéis que desecharlas y buscar dentro de vosotros mismos la iluminación, la gloria, la purificación y la incorruptibilidad del «yo», ni uno de vosotros quiere hacerlo. Puede haber unos cuantos, pero son poquísimos.

Por lo tanto, ¿para qué tener una organización?

¿Por qué he de tener yo, la personificación de la verdad, gentes falsas e hipócritas que me sigan? Y os repito una vez más que no quiero decir nada duro o poco caritativo, pero hemos llegado a un punto en que tenéis que afrontar las cosas como son. Dije el año último que no transigiría. Muy pocos me escucharon entonces. Este año lo he puesto absolutamente claro. No sé cuantos miles en todo el mundo, miembros de la Orden, se han estado preparando durante diez y ocho años para recibirme, y ahora no quieren escuchar incondicionalmente, sin reservas, lo que digo.

Por consiguiente, ¿para qué tener una organización?

Como antes dije, mi propósito es hacer a los hombres incondicionalmente libres, pues sostengo que la única espiritualidad es la incorruptibilidad del «yo», que es eterno; es la armonía entre la razón y el amor. Esta es la verdad absoluta, incondicionada, que es la misma vida. Quiero, por tanto, hacer al hombre libre, para que

goce como el pájaro en el claro azul, sin carga ninguna, independiente, extático en esa libertad. Y yo, para quien vosotros os habéis preparado durante diez y ocho años, os digo ahora que debéis libertaros de todas estas cosas, de vuestras complicaciones, de vuestros enredos. Para esto no necesitáis tener una organización basada en una creencia espiritual. ¿Por qué tener una organización para cinco o diez personas en el mundo, que comprenden, que luchan, que han desechado todo lo trivial? Y en cuanto a los débiles, ninguna organización puede ayudarlos a encontrar la verdad, porque está dentro de cada uno; no está lejos ni cerca; está eternamente ahí.

Las organizaciones no pueden haceros libres. Nadie desde fuera os puede hacer libres; no podréis conseguirlo por la adoración organizada, ni por la propia inmolación por una causa, ni por figurar dentro de una organización, ni por llevar a cabo ninguna obra. Empleáis una máquina de escribir para vuestra correspondencia, pero no la ponéis en un altar para adorarla. Pues eso es lo que hacéis cuando las organizaciones se convierten en vuestro principal interés «¿Cuántos miembros hay en ella?» Esa es la primera pregunta que me hacen todos los periodistas. «¿Cuántos secuaces tiene usted? Por su número juzgaremos si lo que dice es verdadero o falso». Yo no sé cuántos son. Eso no me importa. Como ya he dicho, aun cuando no hubiera más que un solo hombre libertado, eso sería bastante.

Conserváis la idea de que sólo ciertas personas tienen la llave del Reino de la Felicidad. Pero nadie la tiene. Nadie posee autoridad para guardar esa llave. Esa llave es vuestro propio «yo», y en el desarrollo y la purificación y la incorruptibilidad de ese «yo» es donde únicamente está el Reino de la Eternidad.

Así veis cuán absurdo es todo ese edificio que habéis construído buscando la ayuda externa, haciendo depender de otros ese bienestar, esa felicidad y esa fuerza que no podéis encontrar sino en vosotros mismos.

¿Para qué, pues, tener una organización?

Estáis acostumbrados a que se os diga cuánto habéis avanzado, cuál es vuestro grado espiritual. ¡Qué niñería! ¿Quién sino vosotros mismos podrá deciros si sois hermosos o feos por dentro? ¿Quién sino vosotros mismos podrá deciros si sois incorruptibles? Eso no es nada serio.

¿Para qué, pues, tener una organización?

Pero aquellos que realmente deseen comprender, que se esfuercen por encontrar lo eterno, sin principio ni fin, marcharán juntos con mayor intensidad, serán un peligro para todo aquello que no es esencial, para las irrealidades, para las sombras. Y ellos se concentrarán, se volverán la llama, porque habrán comprendido.

Tal es el cuerpo que tenemos que crear, y ése es mi propósito. A causa de esa comprensión real, habrá verdadera amistad, y por esa amistad que no parecéis conocer, existirá la verdadera cooperación por parte de todos. Y esto, no por la autoridad, no por la salvación, ni porque nadie se inmole por una causa, sino porque realmente comprenderéis, y, por consiguiente, seréis capaces de vivir en lo eterno. Esto es algo más grande que todos los placeres y que todos los sacrificios.

He aquí, pues, algunas de las razones por las cuales he tomado esta determinación después de dos años de considerarla atentamente. No ha sido un impulso momentáneo. Tampoco he sido persuadido por nadie; no me dejo persuadir en estas cosas. Durante dos años he estado pensando en esto despacio, con detenimiento, pacientemente, y ahora he decidido disolver la Orden, puesto que soy el Jefe. Vosotros podéis formar otras organizaciones y esperar a algún otro. Con eso nada tengo que ver, ni tampoco con la creación de nuevas jaulas o de nuevas decoraciones para esas jaulas. Mi única ocupación es hacer a los hombres absolutamente, incondicionalmente libres.

DESGRACIADOS LOS QUE ADORAN LAS OBRAS DE LOS HOMBRES

Vanos son, con seguridad, todos los hombres por naturaleza, ignorantes de Dios; no podrían conocerle en las cosas buenas que les rodean: ni considerando las obras reconocerían al artífice;

El fuego, el viento, el aire fugitivo, el círculo de estrellas, el agua impetuosa o las luces del cielo serían para ellos los dioses que gobiernan el mundo.

Si les deleitase su belleza, los creerían dioses; que sepan cuánto más vale el Señor de ellos: pues el primer autor de la belleza los creó.

Pero, si les maravillase su poder y virtud, que comprendan cuánto más poderoso es quien los hizo.

Pues, por la grandeza y la belleza de las criaturas, en esa medida se ve a su Hacedor.

Pero no por esto han de ser censurados: ellos vagan a la ventura, buscando a Dios, deseosos de encontrarle.

Pues, familiarizados con sus obras, le buscan con diligencia y creen en lo que ven: porque lo que ven es hermoso.

Pero tampoco han de ser perdonados.

Pues, si son capaces de mirar al mundo, ¿por qué no descubren más pronto al Señor de él?

Pero son miserables, en las cosas muertas han puesto su ilusión, y las llamaron dioses, siendo obras de los hombres, oro y plata, en las cuales demostraron su arte, y figuras de bestias, o bestias, o una piedra que nada vale, la obra de una mano experta.

He aquí un carpintero que obtiene madera, después de derribar un árbol que encontró para su objeto; con habilidad le ha quitado toda la corteza, lo ha trabajado primorosamente y ha hecho de él una embarcación para servicio del hombre;

Y, después de emplear los desperdicios de su trabajo en la preparación de su alimento, ha comido hasta la hartura;

Y, entre aquellos mismos desperdicios, cogiendo lo que no tenía utilidad ninguna, un trozo de madera torcido, y lleno de nudos, lo ha tallado con prontitud, cuando no tenía otra cosa que hacer, y lo

ha dado forma con la ayuda de su comprensión, y sacado una figura de hombre;

O simuló con él una bestia vil, y la pintó de rojo por completo;

Y, cuando hubo construído para ella un recinto conveniente, la colocó en una pared, sujetándola con hierros:

Pues hizo de modo que no se cayera, sabiendo que no podía valerse a sí misma; pues era una imagen, y necesitaba ayuda:

Después reza por sus bienes, por su esposa y sus hijos, y no se avergüenza de hablar a lo que no tiene vida.

Pide salud a lo que es débil: demanda vida a lo que está muerto: humildemente implora ayuda a lo que menos puede ayudar: y suplica una buena jornada a lo que es incapaz de mover un pie:

Y pide habilidad para ganancias y logros, acierto en sus manos, a lo más incapaz de hacer cosa alguna.

Más aún; he ahí a uno que se prepara para navegar, que está a punto de atravesar las agitadas olas, pidiendo a un pedazo de madera más podrido que su misma embarcación que le lleve a buen puerto.

Pues el uso de ídolos fué el principio de la idolatría espiritual, y su invención la corrupción de la vida.

Ni ellos existieron desde el principio ni perdurarán por siempre.

Pues se introdujeron en el mundo por la gloria vana de los hombres, y, así, pronto han de desaparecer.

Sabiduría de Salomón, Cap. 13 y 14.

E D I T O R I A L

Para los que comprenden todo su significado, debe ser la disolución de la Orden de la Estrella, causa de profundo regocijo y de reiterada inspiración. No debe considerarse esto como una necesidad hacia la que hemos sido impelidos meramente como resultado lógico de la enseñanza de Krishnamurti —y aún menos como una eliminación de creencia o apartamiento del objeto principal para el cual fué creada la Orden. Más bien es la gloriosa culminación y cumplimiento de aquel propósito.

Krishnamurti ha afirmado que la Verdad no puede estar contenida en una organización. Así, por el poder de esa Verdad que en él reside, ha disuelto la Orden de la cual era la vida; y con esa disolución, todos los que han comprendido la Verdad de que él habla, deben, a su vez, convertirse en explosivas influencias para derribar toda organización que pretenda contener la Verdad o conduciros a vuestra salvación. Según Krishnamurti la vida espiritual no puede ser organizada porque es un asunto esencialmente de organización individual.

Todas las organizaciones tienden a atraer y reunir a las gentes que piensan del mismo modo, que sienten de igual manera, que trabajan en pro de un fin común, que se expresan en una jerga particular que ellos solos comprenden y con la que no están familiarizados los que son ajenos a ese grupo particular. Esto debe inevitablemente dar por resultado la creación de barreras entre el grupo y todo el mundo de fuera. Existe una historia que refiere como un cierto día iban el demonio y un amigo paseando por una calle cuando vieron que un hombre que iba delante de ellos se detuvo y cogió algo que guardó en su bolsillo. «¿Has visto lo que ha cogido ese hombre?» preguntó el amigo. «Oh sí», dijo el demonio, «ha cogido un pedazo de la Verdad». «¿Pero no es esto perjudicial para tí?» preguntó el amigo. «Oh no», contestó el demonio, «le ayudaré a organizarlo».

La verdad de que habla Krishnamurti es para todos los hombres y, por lo tanto, no puede ser alcanzada por mediación de una organización sea como fuere, pues todas las organizaciones son limitaciones debido a su naturaleza misma. Es razonable crear una organización para el estudio de una expresión particular de la vida. También puede estar justificado el organizar las expresiones de la vida con un fin determinado; pero intentar organizar la Vida misma no es solamente fútil sino una parodia de todo el proceso de la Vida, que es el

trabajo hacia la perfección del todo en libertad absoluta e incondicionada.

Las religiones degeneran siempre en una profesión sacerdotal y en superstición, que tiene inevitablemente por resultado la esclavitud de la mente humana y la violenta represión de las emociones humanas, porque ofrecen al hombre un fin que es incapaz de alcanzar por sí mismo y le impelen hacia ese fin por un sistema de premios y castigos. Ellas le presentan la concepción de un Dios externo a él y le apremian para que adore a ese Dios con el incentivo del miedo y la codicia.

Presentando, como intentamos hacerlo, el panorama de la vida según Krishnamurti, debe comprenderse claramente que él no pretende autoridad alguna para las ideas que expone: tan solo están basadas en la experiencia personal. El nos dice: «Vosotros no podéis construir sobre mi experiencia, vosotros debéis comprobar por vosotros mismos la verdad de lo que yo digo». Por consiguiente, es obvio que él no puede tener discípulos o secuaces; que él no debe ser considerado como la piedra angular de un nuevo culto; que sus libros no constituyen unos nuevos Evangelios.

Las religiones nunca han sido fundadas por Aquellos cuyos nombres llevan, porque todos los supremos Instructores espirituales han sostenido que la Verdad es un asunto de percepción interna y realización individual, hacia la cual nadie puede ser conducido por otro. Las religiones han sido fundadas por los que vinieron después, los cuales sustituyeron la experiencia con los credos. Hay algunos que creen que también ocurrirá eso con Krishnamurti y que por fin se edificará una nueva religión sobre la Verdad que él proclama ahora. Si aceptamos como inevitable el alborear de una religión nueva, ayudaremos a su realización; pero si decidimos pelear contra tal traición, esto puede impedirse.

Moisés descendió de la Montaña de la Iluminación para dar a su pueblo una Ley. Krishnamurti quiere estimular a todos los hombres para que suban a la cúspide de la montaña para que por sí mismos se liberen de toda ley, y aprendan a vivir en eterna libertad.

La disolución de la Orden de la Estrella y las magníficas declaraciones de Krishnamurti sobre esa disolución, ambas se relacionan con el mecanismo que ha sustituido a la Orden, poniendo en sorprendente contraste dos líneas fundamentales de pensar que serán trazadas en la vida moderna. Afirma Krishnamurti con espléndido énfasis la libertad del individuo. Insiste él, una y otra vez, que, hasta que el individuo no haya resuelto sus problemas particulares y establecido la armonía consigo mismo, no puede ayudar a resolver los problemas del mundo ni establecer la armonía en todo él. Esta afirmación de la libertad individual expresa la tónica de la edad presente.

Pero frente a esto vemos en la vida moderna otra tendencia fuertemente marcada, cual es el constante crecimiento y perfección de la organización. En el campo de la religión, la política, la economía y la sociología, el grupo organizado alcanza cada vez mayor importancia. En su discurso del Campo del fuego el 4 de Agosto, hizo Krishnamurti resaltar el hecho de que el grupo y el individuo están siempre en discrepancia, e indicó las líneas por las cuales podía eludirse este aparente e inevitable conflicto. En el mecanismo que se ha creado para realizar su labor esperamos encontrar un ejemplo perfecto de esta solución.

Unicamente librándose uno mismo de sus autoimpuestas limitaciones puede el hombre descubrir la verdad y la felicidad y establecer la armonía dentro de él. Habiendo logrado esa armonía comprenderá el significado de la verdadera amistad. Cuando él arroje de sí los grilletes de la individualidad y de la autoafirmación, estará más y más identificado con todo—en otras palabras, conforme se haga más organizado consigo mismo, será más apto para la verdadera cooperación con sus compañeros que no necesitan ni reglas ni estatutos para guiarse. El individuo que es totalmente libre por esta libertad efectiva queda perfectamente organizado, y así puede ayudar eficazmente a su alrededor a una nueva organización social basada en la libertad y no en la autoridad, o, dicho de otro modo, una organización creada desde dentro y no desde fuera.

La Orden de la Estrella de Oriente era una organización que pretendía guiar y regular la vida individual de sus miembros. Les decía en primer lugar qué habían de creer y luego cómo habían de vivir a la luz de aquella creencia. Se indicaban algunas virtudes como necesarias para su realización. La vida de los miembros se guiaba y organizaba desde fuera. Se les estimulaba para que perdieran su individualidad en el seno de la corporación. La Orden exponía los ideales de

una antigua organización—sus fundadores no pueden ser censurados por esto—pero ello mostraba en un interesante proceso el espíritu de una edad que ha muerto.

En 1927 se intentó cambiar el carácter de la Orden para adaptarla más a la línea del espíritu de la enseñanza de Krishnamurti, pero quedó un cuerpo de creyentes organizados; la circunferencia aún restringía al centro.

Ahora la vida del centro ha roto sus barreras y arrasado a la circunferencia. No ha sido disuelta la Orden porque estuviera muerta, sino porque estaba demasiado viva. De aquí en adelante se rodeará Krishnamurti de aquellos que se esfuerzan en organizar sus vidas desde dentro, que no están sometidos a los reglamentos de una Sociedad, sino al más estricto reglamento de su interno yo.

El mecanismo que se ha creado ahora es tan sólo para uso de los individuos, mientras que en un principio únicamente existía el individuo para uso de la organización. Esto es inevitable cuando la organización vive por los miembros, como se ven obligados a hacer. El individuo se convierte en un cero que ha de agregarse a los otros números. El individuo viene a ser parte de un todo en un sentido completamente falso. Su presión desde el exterior le obliga a la cooperación con todos pero permanece de corazón siendo un rebelde o un parásito. Su crecimiento individual es sofocado por el conjunto en lugar de ser dilatado desde dentro para abarcar el todo.

En todas partes del mundo y en todos los casos de la vida podemos ver esto. Esta opresión terrible de la organización eficiente es abrumadora, matando la vida individual. Cuanto más perfecta es la organización tanto más mortífera es en sus efectos sobre el individuo aprisionado en su seno.

Sostiene Krishnamurti que su obra en la vida es hacer a los hombres libres, y su primer paso para la realización de esto consiste en destruir la organización creada en su alrededor por otros. Pero, como él repetidamente hace notar, en el mismo acto de destruir reconstruís. El ha destruído una organización, nosotros hemos creado en su puesto un nuevo ideal de cooperación. Vamos a probar que aquellos que se organizan interiormente pueden producir el orden fuera y el impulso externo, porque lo totalmente libre es también lo totalmente organizado.

A LOS AMIGOS DE KRISHNAMURTI

Para presentar esta revista, el Sr. Rajagopal nos ha enviado la amable carta, que publicamos a continuación:

He rogado a D. Francisco Rovira que sea el editor para España del "Boletín Internacional de la Estrella". El ha aceptado esta tarea, y sinceramente confío en que todos los entusiastas e interesados en el mensaje de Krishnamurti le darán su apoyo cordial en su difícil empresa.

La edición española del "Boletín" será idéntica en todas sus partes a la inglesa publicada en Eerde. Será una reproducción exacta de ésta.

Espero que esta revista, con su nuevo programa, amplio y libre, será aceptable para los amigos de Krishnamurti, de España.

Recibid mis saludos afectuosos.

D. Rajagopal

PRESIDENTE DE «THE STAR PUBLISHING TRUST»
EERDE, OMMEN, HOLANDA

Confieso sinceramente que tan sólo me impulsó a aceptar esta labor el poder dar mi esfuerzo para que se publiquen en nuestro idioma, a fin de que estén al alcance de todos los buscadores de la Verdad que hablan castellano, los escritos del Sr. Krishnamurti.

No hay en ello otro motivo que una recia determinación de encontrar la Verdad, o sea, esa armonía interna que es fortaleza, amor y sabiduría: la Felicidad. Y porque veo en la actitud de todo el mundo, sin excepción, el firme propósito de ser feliz, considero que mi anhelo es el de todos.

Por eso, porque éste es el anhelo de todos, quiero dar mi esfuerzo para que se publique en castellano esta revista en la que aparecen los escritos de Krishnamurti. En ellos nos habla de sus experiencias, y éstas han de ser un inestimable aliciente para los que bus-

can la Verdad, puesto que él nos dice que la ha encontrado, o sea, que ha llegado a esa plenitud y equilibrio de la mente y las emociones: la Felicidad. Y, como consecuencia, nos dice también el medio de alcanzar ese logro.

No dudo de la buena acogida que tendrá esta revista, y confío en el apoyo y generosidad de todos los que participan del motivo que me impulsó a aceptar esta tarea.

FRANCISCO ROVIRA

THE STAR PUBLISHING TRUST

AGENCIAS

Australia:

Mr. JOHN MACKAY, Myola, 2 David Street, Mosman,
Sydney, N. S. W.

Brasil:

Sr. A. DE SOUSA, Rua Santa Alexandrina 221, Río de Janeiro.

Cuba:

Dr. DAMASO PASALODOS, Consulado 18, Altos,
Apartado 2474, Habana.

Inglaterra:

Mrs. GERTRUDE ROBERTS, 6 Tavistock Square, Londres, W. C. 1.

Noruega:

Dr. LILY HEBER, Apartado 34, Blommenholm.

Polonia:

Mrs. H. BOLOZ ANTONIEWICZ, Moniuszki 4/7, Varsovia.

Escocia:

Mrs. JEAN BINDLEY, 12 Albert Terrace, Edimburgo.

Suecia:

Miss NOOMI HAGGE, Villagatan 17, Estocolmo.

En el número de Diciembre de esta revista, publicaremos la lista completa de las agencias.

IMPRENTA IZAGUIRRE, CHURRUCA 17